

Juan José Millás: La realidad como ficción y la ficción como realidad (o cómo rebelarse contra los amos de lo real y del lenguaje)

Análisis de Juan José Millás, columnista de *El País*¹

Juan José Millás: Reality as Fiction and Fiction as Reality (or how to rebel against the Masters of Reality and Language)

Analysis of Juan José Millás, columnist of El País

María Jesús CASALS CARRO

Universidad Complutense de Madrid
Departamento de Periodismo I
mjcasals@ccinf.ucm.es

Recibido: 16 de noviembre de 2002

Aceptado: 30 de enero de 2003

RESUMEN

Este trabajo de investigación es un análisis de contenido de los 62 artículos de opinión (columnas) escritos por Juan José Millás durante un año (2000-2001) y publicados en el diario *El País*. J.J. Millás, columnista reconocido con varios premios y con éxito de lectores, ha proporcionado a este género genuinamente periodístico, la columna, un impulso de una muy inductiva imaginación apelando a lo más cotidiano. Con este trabajo, la autora pretende demostrar que todo análisis de contenido debe supeditarse al análisis retórico porque no existe otro camino para conocer el pensamiento, el carácter, la ideología y la intención persuasiva y comunicativa del emisor / escritor.

PALABRAS CLAVES

Juan José Millás
Columna
Análisis de contenido
Retórica
Periodismo de opinión

ABSTRACT

This research analyses the content of sixty-two opinion articles (columns) from Juan José Millás, published at the Spanish journal "El País" along one year (2000 –2001). J.J. Millás is a recognized columnist awarded with several prizes and really successful in terms of readers. He has provided a remarkable impulse based on an inductive imagination, which appeals the most common daily events. With this work, her author tries to establish that all analysis of content must be subordinated to a rhetorical analysis as the only way to access the thoughts, character, ideology and persuasive and communicative intentions of the writer.

KEY WORDS

Juan José Millás
Journalistic column
Content analysis
Rhetorical analysis
Journalistic opinion

SUMARIO 1. Introducción: los conceptos. 2. Las operaciones y funciones del discurso; *inventio, dispositio y elocutio*. 3. Argumentos inductivos y deductivos: formas de construir, ordenar y expresar el pensamiento y la opinión. 4. Las estructuras y clasificaciones de -

¹ Este artículo es parte del trabajo de investigación realizado por la autora y titulado: *La opinión en España: quién es quién de los articulistas y columnistas en los periódicos españoles. Debates, tipos de discurso, retórica, argumentaciones e ideologías en el primer año del siglo XXI*. Fue reconocido y financiado por -

- los artículos de opinión. 5. Juan José Millás: ficha biográfica. 6. Metodología analítica. 7. Estructuras de los artículos de Juan José Millás. 8. Tematización e ideología en los artículos de J.J. Millás. 9. Retórica argumentativa: la construcción del pensamiento de J.J. Millás. 10. Elocutio: un retrato de J.J. Millás a través del lenguaje. Conclusiones del análisis. 11. Referencias bibliográficas y hemerográficas.

1. Introducción: los conceptos.

Este trabajo propone un análisis de contenido de los artículos de opinión de la prensa basado en la retórica clásica aristotélica y en su renovación propuesta por Chaïm Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca (1989). Las fuentes, por tanto, para el análisis de las argumentaciones y de la retórica están en las obras fundadoras de los estudios sobre la argumentación: Aristóteles en primer lugar. Aristóteles creó una teoría de la comunicación no sólo con su obra *Retórica* sino por la vía argumentativa que abrió con su concepto de la verosimilitud:

“Pues tanto lo verdadero como lo verosímil es propio de la misma facultad de verlo, ya que igual los hombres son suficientemente capaces de verdad y alcanzan por la mayor parte la verdad; por eso tener hábito de conjeturar frente a lo verosímil es propio del que está con el mismo hábito respecto a la verdad”. (Aristóteles, *Retórica*, I, 1354^a)

Estos son los puntos fundamentales de la Retórica aristotélica para la comunicación de las ideas:

- La retórica no contiene verdad sino verosimilitud.
- La verosimilitud es lo que corresponde al mundo de la opinión.
- Lo verosímil es aquello que puede ser y que también puede ser de otra manera.
- Lo verosímil no deja en la conciencia un estado de certeza absoluta; tampoco de una total incertidumbre.
- Razonar sobre lo verosímil es intentar persuadir. Este razonar nos acerca al conocimiento de las cosas y es el acceso al mundo.
- Los razonamientos o argumentos fundados sobre cosas verosímiles que pretenden persuadir más que demostrar Aristóteles los llamo entimemas. *Entimema* en griego significa deducir por raciocinio.

- la Universidad Complutense (Proyecto Complutense Ref. PR52/00-8845) y por el Ministerio de Ciencia y Tecnología (Ref. BSO 2001-2023) El estudio de Juan José Millás forma parte también de la contribución de la autora al Proyecto de Investigación Complutense (del cual también es miembro del equipo) titulado *Periodismo y Literatura. España y Francia, siglo XX*. (Departamento de Filología Francesa de la Universidad Complutense. Responsable principal: Javier del Prado, catedrático de Filología). Debido al volumen de la investigación, este artículo, aunque más extenso de lo habitual en EMP, está necesariamente resumido en su explicación teórica y analítica.

Con estas premisas Aristóteles construyó el concepto de persuasión alejado del escepticismo platónico en lo referente a las posibilidades de la opinión expresada para alcanzar alguna verdad. Pero este concepto de persuasión iba acompañado de unas virtudes éticas inseparables y de la educación de la racionalidad. Persuasión no es una licencia para engañar sino una demostración de un pensamiento estructurado racionalmente: "Por los discursos creen los oyentes cuando mostremos la verdad o lo que la verdad parece según lo persuadible en cada caso particular". (*Retórica*, I, 2). "Como los medios de **persuasión** se dan por lo persuadible, es claro que sabe manejarlos el que pueda razonar lógicamente". (*Retórica*, I, 2 - 20) La persuasión no es imposición. Fue el didáctico Aristóteles el primero que se propuso crear un método y una racionalidad en la elaboración del discurso. En la *Retórica* Aristóteles nos dejó un tratado de psicología comunicativa, definió el concepto de persuasión y, junto con su teoría de la argumentación (*Argumentos sofisticos*) nos legó una estrategia de racionalidad para lograr ser verosímiles. Esto es importante: Aristóteles se percató de la trampa que contiene el concepto de verdad. Prefirió hablar de una necesaria verosimilitud como puerta de la credibilidad. Por eso también distinguió la retórica de la dialéctica. Ambas tratan sobre temas opinables, pero la dialéctica expone y la retórica busca en cada caso aquello que "es apto para persuadir, como lo que parece serlo". La retórica entonces sirve a lo opinable y lo opinable hay que saber confirmarlo y, sobre todo, refutarlo. Es un ejercicio de razón y de imaginación.

Aristóteles une la comunicación a la ética en un binomio inseparable. Esto requiere una educación del ser humano en lo que hoy se ha venido en llamar inteligencia emocional. No puede haber racionalidad sin el cultivo de las virtudes éticas que Aristóteles desarrollará en su *Ética a Nicómaco*, *Política* y *Metafísica*.

A partir de ahí, el concepto de verdad no puede ser monolítico y absoluto porque no sería más que el pretexto de toda imposición dogmática, lo cual siempre exige cierta violencia. La persuasión por el contrario es el resultado de un ejercicio de tolerancia cívica que asume diferentes modos de llegar a las verdades. Esto no implica el relativismo. Pero sí el rechazo del dogmatismo y la racionalidad de saber defender principios básicos de convivencia y respeto por otras opiniones, a la vez que una firme decisión de poder combatir dialécticamente las que se consideren inaceptables precisamente por su irracionalidad, dogmatismo y exclusión. Evidentemente, esto requiere educación y esfuerzo. Así, afirmó Aristóteles:

"Todo hombre instruido y racional se esforzará en evitar los excesos de todo género, sean más, sean menos; sólo debe buscar el justo medio y preferirle a los extremos. Pero

Retórica: búsqueda dialéctica
de una verdad no única

Función: persuadir (*persuadere*)



1. Instruir o demostrar (*docere*)
2. Deleitar, entretener (*delectare*)
3. Impresionar (*movere*)

ese justo medio no es simplemente el medio de la cosa misma, es el medio con relación a nosotros”. (Aristóteles: *Ética a Nicómaco*, II, 6)

2. Las operaciones y funciones del discurso

La retórica es una disciplina argumentativa y Aristóteles le otorga al discurso tres elementos especiales: el que habla, de aquello de lo que se habla y aquel a quien se dirige. ¿No es esto el paradigma comunicativo (emisor, mensaje, receptor)? ¿No recuerda la teoría sobre las funciones del lenguaje de Roman Jakobson a este mismo esquema: función expresiva, función referencial y función apelativa? También es esencial la obra de Roman Jakobson sobre las funciones del lenguaje porque es un instrumento de análisis muy útil para analizar el grado de expresividad de los discursos y su apelación ideológica, como veremos más adelante.

La retórica aristotélica señaló en el discurso tres operaciones fundamentales: *Inventio*, que supone el establecimiento de las razones o pruebas y significa la acción de encontrar qué decir; *dispositio*, o el ordenamiento de esas razones o argumentos a lo largo del discurso; *elocutio*, o la composición verbal de los argumentos y la utilización de los tropos y de las figuras del lenguaje. Hoy seguimos adoptando estas tres operaciones en la elaboración de todo discurso, y, para su análisis, deberemos añadirle el concepto de función: ¿para qué se habla o se escribe? Evidentemente para persuadir de algo en cualquiera de las tres formas posibles o en todas ellas. La narración informativa nos enseña aspectos de la realidad. La opinión nos explica y nos muestra el sentido de esa realidad. Por eso los artículos de opinión son el alma del periódico. Con la información, actúa. Con la opinión, dirige, siente y se expresa el propio medio, con su propia voz y con otras que representan el conjunto social. Un periódico sin opinión es un ser sin alma, sin pensamiento, sin voz propia.

Para entender cómo se construye un discurso opinativo podemos revisar las tres operaciones aristotélicas más las funciones que formuló el lingüista Roman Jakobson.

A) **Inventio**

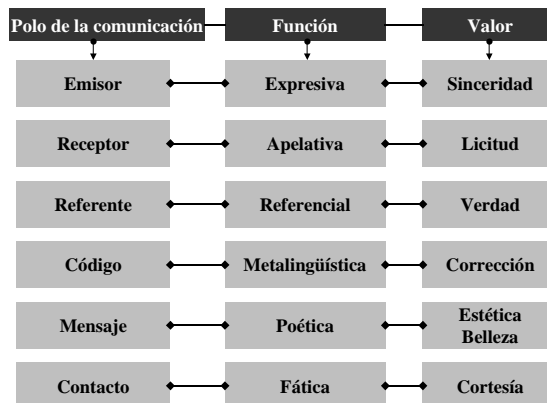
Respecto a la primera operación, la inventio, Roland Barthes (1974: I..44) aseguró que implica dos sentimientos: por una parte, una confianza muy firme en el poder de un método, de una vía: si se echa la red de las formas argumentativas sobre el material con una buena técnica, se tiene la seguridad de sacarla con el contenido de un excelente discurso; por otra parte, la convicción de que lo espontáneo, lo ametódico no produce nada: al poder de la palabra final, corresponde una palabra nada original. Confianza en la eficacia de un método y rechazo por el concepto equivocado de que lo espontáneo es más auténtico o más verdadero. Barthes defendió que las ideas han de ordenarse siempre con palabras también ordenadas. Ese es el método.

En la inventio se decide cuál elegir y se orientan dos líneas: una lógica y otra psicológica.

La primera, la lógica, se sigue con la *probatio* que supone el establecimiento de pruebas que fundamentan la argumentación. La segunda, la línea psicológica, debe despertar alguna emoción en el receptor, lo que obliga a pensar en la estrategia argumentativa y en el empleo de recursos que apelen a la subjetividad ideológica o moral del destinatario. Todo ello lo explica Aristóteles en su *Retórica*. Primero define la retórica como la facultad de considerar lo que cabe en cada caso para persuadir (I, 2). Clasifica los argumentos retóricos en argumentos sin arte y argumentos propios del arte. Los primeros, los sin arte, son los que preexisten al discurso como testimonios, rumores, prejuicios, documentos y citas de autoridades; Aristóteles dice que es preciso servirse de ellos en el discurso; los segundos argumentos, aquellos objeto del arte, son los que mediante el método y por nosotros pueden ser dispuestos (I, 2): los que tenemos que inventar. Y establece tres especies de estos argumentos propios del arte: los que residen en el carácter del que habla, otros en poner en cierta disposición al oyente, otros en el mismo discurso, "por lo que demuestra o parece demostrar".

Es muy evidente la similitud de esta clasificación de las propiedades del discurso propuesta por Aristóteles con la clasificación de las seis funciones del discurso que elaboró el lingüista Roman Jakobson (1974: cap. IX).

Las tres primeras enumeradas por Jakobson, la función expresiva -que reside en la personalidad del emisor-, la función apelativa -que busca los resortes emotivos del receptor- y la función referencial -cuyo interés viene dado por el contenido del propio discurso, de aquello de lo que se habla- están definidas y explicadas por Aristóteles en los Libros I y II de su *Retórica*. Las tres últimas funciones enumeradas por Jakobson, la fática, la metalingüística y la poética corresponden al Libro III de la *Retórica* aristotélica.



La clasificación del lingüista Jakobson resulta sumamente eficaz para analizar el discurso ideológico que contiene todo artículo de opinión porque la estrategia argumentativa tiende a disimular unas funciones por otras. Un mensaje expresivo suele ocultarse tras una forma referencial. Un mensaje apelativo puede quedar enmascarado por las funciones referencial y poética. De modo que la aportación de Jakobson es la de enseñar a ver detrás de las apariencias de todos los discursos porque ya Aristóteles nos mostró cómo crear los discursos utilizando las apariencias. Así, Aristóteles aconseja todos los métodos para la persuasión y Jakobson advierte de que detrás de esa persuasión siempre existe una ideología interesada, lo cual no es negativo ni positivo, simplemente es así. El problema mayor existe cuando lo

ideológico intenta ocultarse tras una función referencial para imponerse como verdad demostrada.

Aristóteles elaboró todo un sistema de organización del discurso orientado a lograr su credibilidad por medio de la persuasión, concepto que desarrolla con claridad y amplitud a lo largo de los tres libros que componen su *Retórica*. Aconseja que se persuade por medio del carácter moral cuando se pronuncia el discurso de tal manera que haga al orador digno de ser creído, porque a las personas buenas las creemos más y con mayor rapidez, en general en todos los asuntos, pero principalmente en aquello en que no hay evidencia sino una opinión dudosa. Y matiza que es conveniente que esto suceda por medio del propio discurso y no

Retórica

<u>Operaciones del discurso</u>	<u>Funciones del discurso</u>
INVENTIO	Expresiva, apelativa y referencial
DISPOSITIO	Expresiva, apelativa, referencial y fática
ELOCUTIO	Poética y metalingüística

porque la opinión haya anticipado este juicio respecto del orador. Se persuade por medio de la disposición de los oyentes cuando fueron conmovidos por el discurso. Se persuade a los oyentes por medio del discurso cuando demostramos lo verdadero o lo verosímil sobre la base de lo que en cada caso es apto para persuadir.

Estas transformaciones que realiza el escritor en el mismo discurso son los razonamientos que se convierten en persuasivos por las operaciones lógicas de la **inducción** y de la **deducción**. La inducción parte de lo concreto, de lo particular, para llegar a categorías más generales o universales. La deducción aborda desde el principio una teoría general, una premisa clara, para con ella llegar a un juicio particular y sobre un hecho concreto. Todos los artículos han de escribirse eligiendo una de estas dos formas porque ambas operaciones lógicas, inducción y deducción, constituyen las pruebas que tenemos a nuestra disposición para organizar un discurso y "fuera de esto no hay nada", concluyó Aristóteles.

Un artículo será inductivo cuando su comienzo parte de un hecho ocurrido de mayor o menor actualidad, de mayor o menor importancia informativa; también cuando parte de un suceso o anécdota ficticia; o cuando parte de una analogía comparativa de dos supuestas realidades; o de una pregunta retórica; o de un dicho atribuido a algún actor social o histórico. De ahí se sigue una argumentación que derivará necesariamente en una conclusión que sobrepasa lo particular del principio para establecer unos criterios aplicables a situaciones más importantes y trascendentes. Es un modo de plantear el discurso muy sugerente porque se logra el interés del auditorio con la anécdota que dejará paso a la categoría. En los artículos periodísticos es muy frecuente esta técnica inductiva por su capacidad de persuasión inmediata y porque permite enlazar la opinión de una manera directa con la actualidad. Esta

persuasión está determinada por la facilidad que permite la inducción de depositar en el discurso una carga emotiva para apelar a los resortes psicológicos e ideológicos del lector. Los artículos de colaboradores, los editoriales, los sueltos, las columnas, aprovechan esta posibilidad de la estructura inductiva que resulta cercana y atractiva para el lector de periódicos.

Por el contrario, la deducción constituye una operación lógica más intelectual que obliga al lector a una mayor atención y a un mayor distanciamiento emocional. La técnica es la contraria: se parte de una idea o premisa, o una teoría más o menos aceptada, y se va aplicando argumentativamente a los diferentes casos que se quieran examinar. La conclusión no sólo refuerza el planteamiento primero sino que, además, intenta demostrar la validez de la teoría en lo concreto que se haya analizado. Estos artículos, por su naturaleza menos emotiva, son propios de ciertos editoriales que quieren sentar unos principios convincentes a favor o en contra de ciertas realidades de la vida social de un país, que no se escriben sólo como excusa de un hecho concreto, sino que intentan llamar la atención racionalmente acerca de determinados problemas o valores. También son propios de algunos artículos de las páginas de *tribuna libre* que se prestan más a este tono ensayístico por el mayor espacio del que generalmente disponen. La técnica deductiva también es frecuente en las columnas periodísticas personales y en las analíticas. Depende la elección del carácter del escritor, de su disposición emocional y, a veces, del propio tema. En las críticas son frecuentes los dos tipos: inductivas que parten de la obra que se va a examinar para exponer principios generales que justifiquen el juicio posterior; deductivas que parten de unos principios generales exigibles a las obras de creación para después irlos aplicando a la obra objeto de análisis y concluir con un veredicto que ya se ha ido anticipando en los periodos argumentativos.

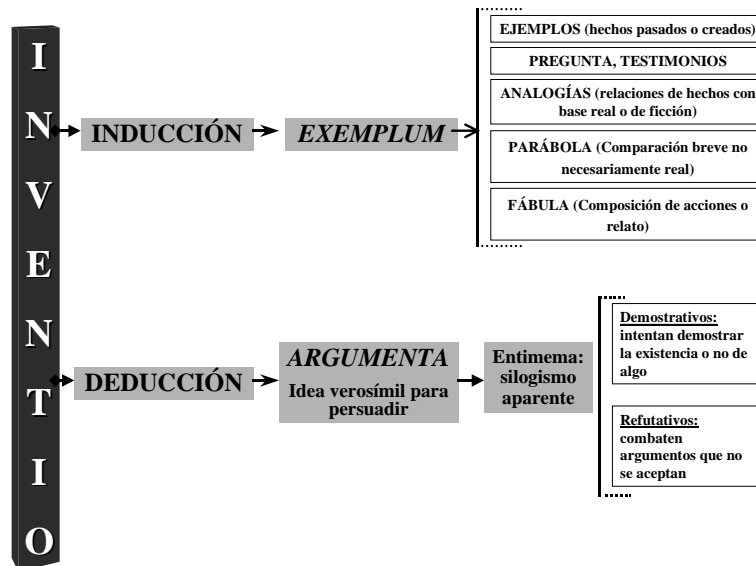
Estos dos modos de enfocar un posible artículo de opinión configurarían su estructura externa o macroestructura. Pero, lógicamente, en ambos casos los razonamientos y narraciones, análisis, síntesis o hipótesis que se vayan a esgrimir constituirían la estructura interna. En este caso, en la estructura interna, también podemos hablar de inducción y de deducción según la forma que se elija para armar los sucesivos razonamientos que componen un discurso.

La inducción se logra mediante el **exemplum** y la deducción viene dada por el **entimema** que Aristóteles (*Retórica* I,2) define como "silogismo aparente", es decir, un razonamiento aparentemente lógico. La diferencia entre ejemplo y entimema está más desarrollada en su obra *Tópicos*. Ambos, ejemplos y entimemas, no son inducciones ni deducciones científicas, sólo son "públicas" porque están destinadas al público. La única diferencia entre los dos recursos es que con el ejemplo se produce una persuasión más sutil que con el entimema, un razonamiento con el que se obliga al receptor a tomar un rumbo único y preciso.

En la inducción retórica, o sea, en el **exemplum**, se considera que dos cosas son equivalentes sin que, necesariamente, exista una prueba para que así sea. Será suficiente que se admita la similitud para que sea creíble. Este proceso de razonamiento inductivo de la

analogía es sumamente interesante en la creación de argumentos y ha sido estudiado con detenimiento por Chaïm Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca en su magna obra *Tratado de la argumentación*. Del ejemplo o de la analogía dice Aristóteles "que no guarda la relación de la parte con respecto al todo, ni del todo con la parte, ni del todo con el todo, sino de la parte con la parte, lo semejante respecto de lo semejante" (*Retórica* I, 2). La falacia se establece cuando se consideran cosas o entidades que sólo lo son en apariencia pero que, examinándolo con un poco de lógica, son distintas y hasta contrarias. Sin embargo, la fortaleza del ejemplo retórico se manifiesta cuando se relacionan cosas aparentemente distintas y se muestra su similitud. La persuasión tiene mayor vigor cuanto menor es la evidencia de la relación establecida: ahí reside la inteligencia creadora del que escribe, el ingenio convincente.

Existen dos tipos de ejemplos o analogías: uno organizado alrededor de hechos pasados, otro creado por el que argumenta. En este último tipo se distinguen, por un lado, la **parábola** que es una comparación breve, y, por otro lado, la **fábula** que se basa en una composición de acciones o relato como en el caso de los cuentos infantiles tradicionales que poseen siempre implícita o explícita una moraleja que es lo que les otorga sentido. Muchos artículos de opinión que la prensa nos ofrece son fábulas cuya moraleja la constituye la carga ideológica con la que el autor quiere persuadirnos. Manuel Vicent y Juan José Millás, ambos excelentes columnistas, pertenecen a esa clase de escritores que utilizan fábulas como estructura inductiva en la creación de sus discursos. El premio Mariano de Cavia de Periodismo que otorga anualmente *ABC* fue concedido en su edición de 1999 a Juan José Millás, articulista-columnista habitual de *El País*, por una columna que era una fábula, como muchos de sus artículos: con ellas intenta mostrarnos mejor la realidad.



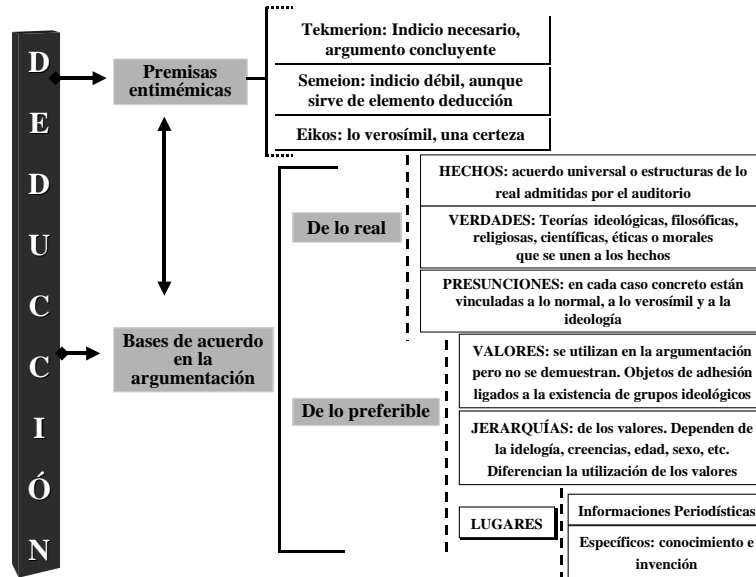
Los **entimemas**, base de la deducción, pueden ser **demostrativos** y pueden ser **refutativos**. Los demostrativos son razonamientos que muestran la existencia o no de algo e intentan llegar a una conclusión determinada a partir de un acuerdo que existe previamente; los refutativos se utilizan para combatir argumentos que no se aceptan porque: a) se rechaza una argumentación anterior; b) se oponen a opiniones contrarias.

Los razonamientos retóricos tratan de llegar a la mayor cantidad de público posible y su característica es su sutileza. El inicio es un acuerdo global y de allí se encaminan los acuerdos comunitarios. De este modo se trata de soslayar los matices y las opiniones divergentes. Las premisas entimémicas se construyen con los indicios y con lo verosímil. Los indicios, a su vez, pueden ser fuertes o débiles:

El **tekmerion** es el "indicio necesario, es argumento concluyente" como lo denomina Aristóteles (*Retórica* I, 2) y pone como ejemplo que el tener fiebre es indicio necesario de estar enfermo o el que una mujer tenga leche es indicio concluyente de que ha parido. Estos indicios según Aristóteles van de lo particular a lo general: son inductivos. De un hecho se infiere una realidad. De un efecto, una causa. Pero, sin embargo, apunta Aristóteles que dentro de estos indicios también los hay refutables y pone como ejemplo que de un principio particular aceptado como que "Sócrates fue sabio y justo" no se puede deducir como principio universal que todos los sabios son justos. Este es un indicio débil, el **semeion**, por ser de inmediato refutable, como lo son generalmente aquellos indicios que van de lo universal a lo particular. Por ejemplo, Aristóteles plantea que es refutable, aunque sea verdadero, el indicio de que alguien tiene fiebre porque jadea, "pues cabe que jadee el que no tiene fiebre". En los discursos ideológicos los indicios se manejan a conveniencia y el indicio débil se intenta pasar por concluyente y viceversa. La interpretación de los indicios depende del conocimiento público que varía según el tiempo y las sociedades. Y, por supuesto, es una resultante ideológica e interesada.

El **eikos** es lo verosímil, una certeza humana. Es una idea general. "Lo verosímil - explica Roland Barthes (1974: 52) - es lo que suele ocurrir pero no simplemente como definen algunos, sino lo que pudiendo ser de otra manera guarda, respecto de aquello por referencia a lo cual es verosímil, la misma relación que lo universal respecto de lo singular".

Además de estas premisas entimémicas, los mecanismos a partir de los cuales se pueden llenar de contenido los razonamientos han sido definidos por Perelman y Olbrechts-Tyteca (1989: 121-168) con el criterio de constituir bases para el acuerdo en la argumentación. Estos objetos de adhesión, según estos autores, pertenecen a dos categorías: **a) de lo real**; y **b) de lo preferible**. A la categoría de lo real corresponden los **hechos y verdades** y las **presunciones**. A la categoría de lo preferible pertenecen los **valores**, las **jerarquías** y los **lugares**.



B) Dispositio

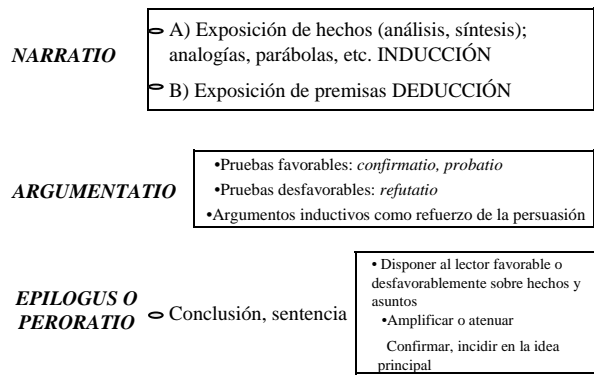
En *la inventio* se discute qué se va a decir y cómo se van a exponer los argumentos en el discurso; ahora, en esta segunda operación lógica que es *la dispositio*, se trata de poner en orden las palabras para la eficacia comprensiva de lo ideado. Aristóteles enumera dos partes:

- La **exposición o narración** que es el relato de los hechos que conforman la causa; pero este relato está compuesto sólo desde el punto de vista de la prueba. Cumple la función de preparar para el despliegue argumentativo e incluye dos componentes: los *hechos* y las *descripciones*. Los hechos se someten a la regla de la verosimilitud. El orden es natural si los hechos se cuentan en el mismo orden tal cual ocurrieron; y es artificial si se elige un corte diferente en la exposición de los hechos. Este orden provoca una inteligibilidad particular. Las *descripciones* remiten no al eje temporal sino al eje de los aspectos de las cosas.
- La **demonstración o prueba o confirmación** contiene la fase argumentativa y en ella se enuncian los razonamientos elaborados en la fase de la *inventio*. Incluye tres conceptos:
 1. La **proposición** que es una afirmación o definición concentrada en la causa, es el núcleo de la discusión que puede ser simple o múltiple. Bertrand Russell (1981:399) definió así la proposición: "lo que creemos cuando creemos con verdad o falsedad. Al formular así nuestra definición se trata de evitar la suposición de que una creencia es siempre verdadera o falsa. Acepto como evidente que la ver-

dad o la falsedad de una creencia depende de un hecho al que la creencia se refiere”. [...] “La proposición es el contenido de una creencia”.

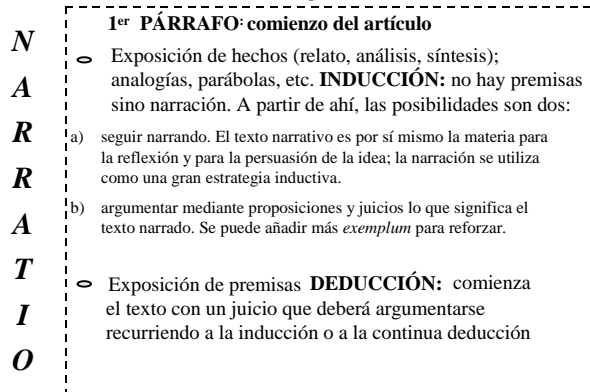
2. La **argumentación** que consiste en la exposición de las razones probatorias en apoyo de una conclusión. Los argumentos no son simplemente opiniones ni discusiones; son intentos de apoyar ciertas opiniones con razones.
3. La **peroración o epílogo**, parte final del discurso que emite juicio y debe encontrar el tono necesario para que el auditorio se incline a favor o en contra de lo que se ha presentado. Aristóteles reconoce en esta última fase cuatro componentes:
 - 3.a) Disponer bien al auditorio respecto de aquello que se está argumentando y mal respecto de aquello que se está contraargumentando. (*Retórica*, II, 1-25)
 - 3.b) Amplificar o atenuar (II, 26)
 - 3.c) Conmover las pasiones del receptor (II, 12)
 - 3.d) Saber interrelacionar hechos y elegir cómo mejor contarlos (II, 20)

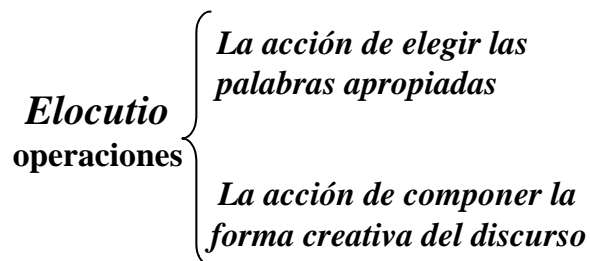
DISPOSITIO



DISPOSITIO

Posibilidades argumentativas



C) **Elocutio**

En esta última fase, la *elocutio*, atenderemos a la necesidad de corrección lingüística y cierta belleza formal que todo discurso debe cuidar para ser atractivo desde un primer momento. Kurt Spang (1984) ha descrito este tercer paso por oposición a los dos anteriores: si la *inventio* y la *dispositio* se ocupan fundamentalmente de la materia -res- como fondo ideológico del discurso, la *elocutio* es la fase dedicada a la elaboración lingüística, a la *verba*. Es aquí donde las funciones poética y metalingüística del lenguaje encuentran su acomodo y su razón de ser. Todo articulista está obligado no sólo a conocer las reglas gramaticales de su idioma y a dominar un amplio léxico para que la riqueza potencial de sus ideas no se pierda por no saber expresarlas convenientemente -*ars recte dicendi*-, sino también a encontrar el mejor modo posible para expresar esas ideas, el *ars bene dicendi*, es decir, lo que permite que el ejercicio persuasivo cumpla su cometido psicológico.

La *elocutio* contiene dos operaciones: a) la acción de elegir las palabras apropiadas; b) la acción de componer la forma creativa del discurso. Esta es una parte importante de la retórica que estudia y analiza la función de los tropos o los juegos de palabras, y los juegos de sentidos de los que podemos disponer para la redacción de un discurso más eficaz por lo persuasivo de su lenguaje y por el refuerzo ideológico que supone escribir dominando todos estos juegos retóricos que tenemos a nuestra disposición. La forma es fundamental e inseparable del fondo. Así lo demostró Aristóteles, que dedicó el libro III de su *Retórica* a la enseñanza de las posibilidades persuasivas de la palabra.

La *elocutio* no sólo es resultado de la acción selectiva del escritor en el uso del lenguaje, y de su mayor o menor brillantez expresiva, sino también lo es de su propio carácter e ideología. Por eso existen autores que no pueden prescindir, por ejemplo, del tono irónico, convirtiendo esta figura retórica en sus señas de identidad. Otros construyen metáforas o analogías imaginativas y los hay que su estilo es sumamente didáctico y apenas acuden al uso de los juegos del lenguaje que constituyen todas las figuras retóricas. Y en todos los casos son importantes las recurrencias semánticas, léxico ausente y palabras clave.

3. Argumentos inductivos y deductivos: formas de construir, ordenar y expresar el pensamiento y la opinión

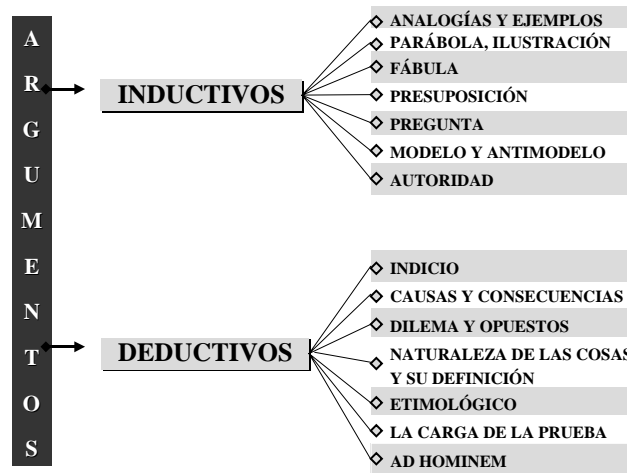
La inducción y la deducción no son sólo estructuras comunicativas sino que también, como hemos visto, distinguen la naturaleza de los diferentes argumentos o razones expresivas a los que todo discurso expresivo debe acudir. En la *inventio* se decide la estructura supra-comunicativa, deductiva e inductiva, y se idean las formas argumentativas para expresar con mayor acierto aquello que se ha de comunicar como una genuina construcción del pensamiento razonado. Esto depende de 2 cuestiones:

1. el carácter del emisor
2. el tema que se aborda

La primera es más determinante que la segunda. Así habrá autores fundamentalmente inductivos y se expresarán con todas las posibilidades que la inducción les presta. Esto no quiere decir que no empleen en sus razonamientos argumentos deductivos pero la base de su contacto comunicativo reside más en estructuras de relato que en las lógico-deductivas. Al contrario, existen autores cuya estructura mental tiende poderosamente a la deducción y no conceden a la imaginación inductiva capacidad para la expresión de sus ideas. Cada persona tiene en este aspecto una marcada tendencia aunque también existen aquellas que pueden utilizar ambas dependiendo casi del estado de ánimo en el que se encuentren o según la reacción comunicativa que les provoque el tema que han de tratar. En todo caso hay que entender que los argumentos inductivos o deductivos tienen cada uno de ellos unas posibilidades para la comunicación persuasiva muy diferentes y complementarias. No son unos mejores que otros porque todo depende de su utilización racional o falaz y de su adecuada construcción respecto del tema y del espacio del que se disponga.

Los argumentos inductivos y los deductivos pueden ser de muy variada naturaleza y su clasificación sería demasiado extensa. No obstante, sí pueden señalarse aquellos más utilizados por los medios de comunicación actuales³, sobre todo la prensa, medio que sostiene de modo fundamental la opinión publicada de los más variados representantes sociales. En el siguiente esquema pueden verse una clasificación argumental de aquellos modelos que hoy se utilizan en la prensa de información general, no especializada, y de difusión masiva. La explicación y el análisis de cada uno de estos argumentos, además de otros menos frecuentes pero relevantes, es un trabajo realizado por esta autora en el libro *La opinión periodística. Argumentos y géneros para la persuasión*. (Madrid, Fragua, 2000, en coautoría con Luisa Santamaría Suárez)

³ Esta clasificación es resultado de la investigación realizada por la autora titulada *La opinión en España: quién es quién de los articulistas y columnistas en los periódicos españoles. Debates, tipos de discurso, retórica, argumentaciones e ideologías en el primer año del siglo XXI*, y cuyos datos figuran en el pie de la primera página de este artículo.



4. Las estructuras y clasificaciones de los artículos de opinión

Con la *inventio*, la *dispositio* y la *elocutio*, Aristóteles enseñó que se ejercía la persuasión y se ganaba la adhesión de los oyentes. No obstante, este concepto de ordenación del pensamiento enunciado por medio de la *dispositio* que ha pervivido a lo largo de los siglos presenta una rigidez que en nuestros días sirve como base de aprendizaje para lograr instalar un orden expositivo en nuestras ideas y en la exposición de las mismas. Pero las demandas sociales han propuesto otros esquemas más adecuados a los diferentes modos de expresión que pueden abordarse según la intencionalidad del emisor.

En la actualidad se consideran también argumentaciones aquellos discursos que carecen de esquemas fijos; o aquellos otros en los cuales algunas partes deben ser reconstruidas por el lector porque están implícitas: son argumentaciones indirectas. Cada actividad de reconstrucción del interpretante puede originar estructuras que le son propias, que no son comunes para todos (Marafioti, 1995: 33-36)

También pueden ser objeto de estudio las superestructuras del texto argumentativo. Teun van Dijk (1983:161), defensor de esta postura, llama superestructura a las estructuras generales que caracterizan el tipo de un texto. Una superestructura es un tipo de forma del texto, cuyo objeto, el tema, es el contenido del texto. Van Dijk señala también que la estructura del texto argumentativo puede estudiarse más allá de las categorías convencionales de hipótesis y conclusión:

“La estructura canónica de las argumentaciones puede modificarse sobre la base de las transformaciones: determinados puntos de partida pueden quedar implícitos (dependiendo del contexto), y una justificación también puede seguir a una aseveración expresada anteriormente, cuando es evidente que esta aseveración es una conclusión del hablante. Cuando se argumenta indirectamente puede ser suficiente nombrar una circunstancia dada y no ya una conclusión en sí. [...]” Sobre la base de texto y contexto,

y aún más sobre la del conocimiento general, el oyente podrá sacar sus propias conclusiones". (T.van Dijk 1983:161)

Estas observaciones son importantes porque en nuestros análisis, clasificaciones y actuaciones argumentativas, ya no podemos sujetarnos solamente a la retórica tradicional. El campo de posibilidades discursivas es amplísimo. En el ámbito periodístico, cada género de opinión puede albergar múltiples formas estructurales que la retórica clásica no contiene en sus clasificaciones. Por ejemplo, un artículo editorial suele respetar por tradición discursiva y orden formal la estructura de la *dispositio* aristotélica: exposición, argumentación y prueba o conclusión enjuiciativa, y responde en sus esquemas a los géneros aristotélicos deliberativo, judicial o demostrativo dependiendo de los fines perseguidos, como aconsejar o desaconsejar, acusar o defender, elogiar o reprobar. Pero hay excepciones que rompen esta regla de orden y el artículo editorial se constituye de principio a fin como una perorata apologética o gratuitamente especulativa. Es típico en periódicos que practican un periodismo de trincheras o de cruzada ideológica el convertir los artículos editoriales en auténticas diatribas con ataques *ad hominem* o en apasionados panegíricos -según los casos- que se hallan muy lejos del discurso argumentativo y de los géneros discursivos aristotélicos.

Si nos atenemos a la formulación de Van Dijk, la primera clasificación entonces vendría dada por la superestructura del texto, es decir, por la forma que ha adoptado para su lectura. En este caso, propongo dos clasificaciones superestructurales ya estudiadas en el epígrafe dedicado a la *inventio*:

Artículo inductivo: si el comienzo del texto es una anécdota, un hecho narrado real o imaginario, un ejemplo o analogía, una pregunta o una cita textual de cualquier personaje actual o histórico o inventado, una presentación emocional del yo del escritor en cualquier forma que sirve como ejemplo o prelude de la idea o razón que constituye la verdadera intención textual; a veces este ejemplo propuesto sirve también como hilo conductor de todo el discurso. Pero, en definitiva, el procedimiento es ir de lo particular a lo general, de la anécdota a esa categoría que supondría la conclusión final, tanto de explícita como implícita.

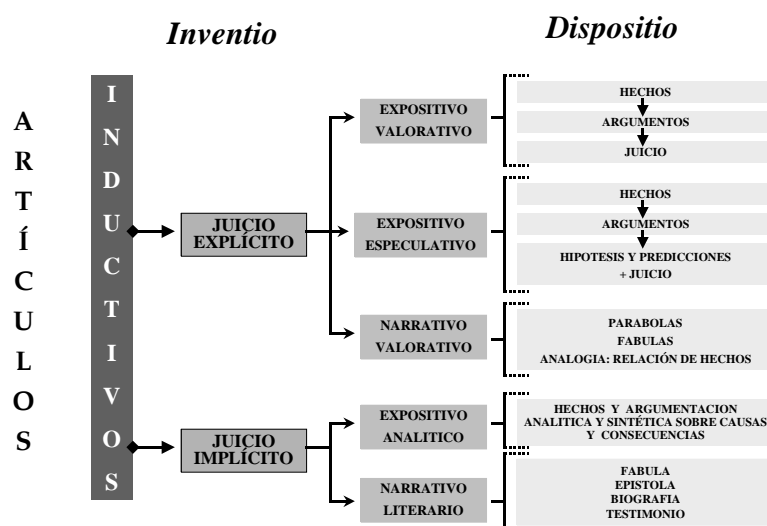
Artículo deductivo: si se establecen desde el principio las proposiciones y premisas que suponen la plasmación de una teoría o interpretación ideológica y que sirven para aplicarlas en los razonamientos que conducirán al juicio o conclusión de casos particulares. El procedimiento es el contrario que en los artículos inductivos: se trata de ir de lo general a lo particular, de la categoría al juicio de un hecho o de un asunto.

Respecto al otro aspecto señalado por Van Dijk, el objeto del texto, que viene definido por el tema, sería imposible e inútil intentar una clasificación relativa a los posibles temas que se pueden abordar, aunque los englobáramos en conjuntos temáticos. Siempre quedaría algo desclasificado. Tampoco es de utilidad alguna porque en el periódico no sólo aparecen asuntos políticos, económicos, culturales, históricos o costumbristas. La diversidad temática es amplísima y desde la más desconcertante intimidad hasta el más aparente aséptico análisis

tienen cabida en la prensa.

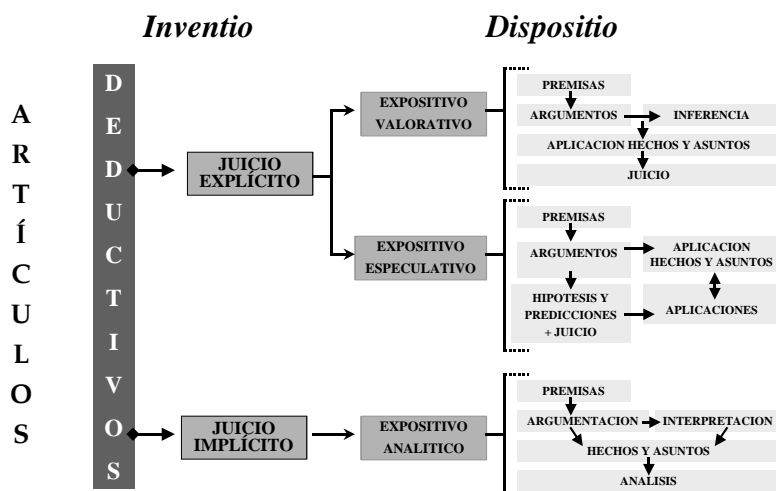
En cambio, sí se puede establecer una clasificación en función del tono argumentativo y literario que nos serviría como referencia para su descripción e identificación. Por ello, y como conclusión, pienso que el artículo puede definirse y explicarse de la siguiente manera:

Artículo es todo escrito publicado por la prensa que no pertenezca a los géneros informativo e interpretativo, basados ambos en la selección de una realidad de hechos y que dan lugar a diversos subgéneros: noticia, crónica, reportaje, perfil y entrevista. Por tanto, el artículo es la forma característica del periodismo de opinión y es, en todos los casos, un discurso expresivo porque prevalece el carácter ideológico y psicológico del escritor. Atendiendo a su estructura externa, los artículos pueden ser inductivos o deductivos. La tipología en cambio es variada según su disposición y su estructura argumentativa o literaria. Las clasificaciones de los artículos se realizan según su función o cometido dentro del periódico (artículo editorial, columna, artículo de colaboración, crítica).



Todas estas modalidades de artículos creados por la prensa pueden adoptar diferentes estructuras de disposición retórica según sus necesidades comunicativas y según la propia personalidad del escritor. Y estas son las siguientes modalidades, dependiendo de las dos grandes superestructuras, la inducción y la deducción³:

³ Clasificación realizada por la autora y que publicó en el libro *La opinión periodística. Argumentos y géneros para la persuasión*, 2000, Madrid: Fragua (obra en coautoría con Luisa Santamaría Suárez)



5. Juan José Millás: ficha biográfica

Juan José Millás nació en Valencia el 31 de enero de 1946. Vive en Madrid desde los 6 años. Inició los estudios de Filosofía y Letras, en la rama de filosofía pura, pero los abandonó en el tercer curso. Ha trabajado como marionetista, profesor, interino de la Caja Postal de Ahorros y en el gabinete de prensa de Iberia. En un principio su actividad literaria se centró en la poesía y años más tarde se interesó por la narrativa. Es autor de las siguientes obras: *Visión del ahogado*, *El jardín vacío*, *Papel mojado*, *Letra muerta*, *El desorden de tu nombre* -finalista del premio Nacional de Narrativa de 1988-, *Primavera de luto*, *Ella imagina*, *Tonto, muerto, bastardo e invisible*, *Algo que te concierne*, *Trilogía de la soledad* -compuesto por *El desorden de tu nombre*, *La soledad era esto* y *Volver a casa*-, *El orden alfabético*, *No mires debajo de la cama*. En 2002 ganó el Premio Primavera de Novela con *Dos mujeres en Praga*. En la actualidad vive fundamentalmente de su actividad literaria y periodística.

Millás y el periodismo

Juan José Millás es un escritor que se ha acercado al periodismo a través de la literatura. Colaboró con el desaparecido diario *El Sol*, publicando por entregas *Volver a casa*. Pero es en el periódico *El País* donde se ha consagrado como articulista con sus columnas semanales que aparecen durante todo el año y en verano con mayor asiduidad y amplitud. En este periódico ha publicado también algún reportaje y alguna entrevista y obras literarias como *El pequeño cadáver de R. J.*, *Escalera de servicio* y *En fin*. Es profesor de la *Escuela de Letras*.

Millás, que ahora se considera periodista, no sólo por sus columnas sino también por su incursión en otros géneros periodísticos, no es de los más jóvenes columnistas de la prensa española pero sí de los que se han incorporado más recientemente. Tiene un indudable éxito

de público lector y publica su columna semanal en la contraportada de *El País*, periódico que tiene el mayor índice de lectura de todos los existentes en España. Millás comparte espacio con columnistas consagrados como Manuel Vázquez Montalbán, Manuel Vicent, Rosa Montero, Maruja Torres, Vicente Verdú, Juan Cruz. Ha dotado a su columnismo de una frescura muy personal y sus artículos constituyen pequeñas piezas literarias que son muy representativas de una cierta forma expresiva de la España finisecular que se adentra en el nuevo siglo con la conciencia de mayores espacios y realidades, como la globalización. Millás ha recibido los siguientes reconocimientos periodísticos por su labor como columnista de prensa: el premio *Mariano de Cavia* de Periodismo en su edición de 1999 que otorga anualmente *ABC*. *Premio Nacional de Periodismo Miguel Delibes* (que concede la Asociación de la prensa de Valladolid) por el artículo "Errores" (una reflexión sobre la palabra y su capacidad de integración) publicado por el diario *El País* el 11 de octubre de 2002.

6. Análisis de las columnas de J.J. Millás: metodología

El análisis se ha realizado sobre la base de 62 artículos de Juan José Millás publicados desde el 1 de septiembre de 2000 hasta el 31 de agosto de 2001, un año que recoge la salida del siglo XX y la entrada del siglo XXI. Esto, naturalmente, no tiene importancia en el contenido de los artículos pero sí sirve de acotación temporal y referencial. La estructura del análisis se ha realizado de la siguiente manera:

1. **Estructura y tipos de discurso:** Es la *inventio* y la *dispositio* con las que Millás ordena sus ideas, pensamientos y el fin de su artículo. Esta disposición no es uniforme, por supuesto, pero, como veremos, prevalece en él, como identificación de su estilo de comunicar y de su forma de ser, una determinada estructura o disposición que le dará un carácter muy definitorio. El análisis de esta *dispositio* permitirá demostrar cómo Juan José Millás se comporta de diferente manera en su faceta comunicativa como escritor de columnas ante situaciones que considera límites o inaceptables o ante situaciones en las que quiere hablar del ser humano desde una perspectiva intimista y cómplice con el lector. Tanto la superestructura del artículo, como las estructuras argumentativas o narrativas enseñan en cada momento la personalidad de este escritor que sabe muy bien lo que escribe y por qué lo escribe.
2. **Tematización e ideología:** los referentes discursivos de Millás están lógicamente en la realidad que crean los medios de comunicación ya que él escribe en un periódico. De este modo, Millás puede hablar sobre una noticia, un dicho, un hecho aislado, una encuesta, un asunto general. Pero también acude a un pensamiento propio, una vivencia propia, una preocupación propia, es decir, todo le sirve, aunque trata de enlazarlo con la realidad que quiere iluminar: sabe que las palabras son las luminarias de las ideas y las ideas contienen la verdad y la mentira fabricada. En la división aristotélica del discurso, el tema sería la *inventio* y es curioso comprobar cómo Millás puede cambiar su estructura y tono

(*dispositio* y *elocutio*) dependiendo de lo que quiere transmitir. Millás no escribe, como tampoco lo hizo Larra, por ejemplo, para adornar las páginas del periódico con un bello estilo literario. Escribe con intención ideológica patente. No se desvela ninguna sorpresa si adelantamos que Millás es un escritor de izquierdas. Pero lo que se analizará es cómo crea y recrea su ideología y las claves que ofrece al lector con constancia.

3. **Retórica argumentativa:** los argumentos que con más frecuencia utiliza un escritor para expresarse dan una idea fiable de la construcción de su pensamiento, de su cultura, su imaginación, su carácter y su sensibilidad. Podríamos decir que el análisis retórico de la argumentación que utiliza proporciona un retrato del *logos*, *ethos* y *pathos* del escritor.
4. **Retórica literaria:** la *elocutio* de Millás es sencilla y busca lo coloquial, la charla, incluso la confianza con el lector. Su estilo huye premeditadamente del énfasis, de lo sentencioso, de la erudición (que oculta); en definitiva, quiere mostrarse como un hombre corriente que le ha dado por escribir. La ironía es su sello, la ironía en el sentido literal de su significado retórico: decir lo contrario de lo que se quiere decir como efecto casi humorístico. Pero hay más que señalar en cuanto a este aspecto de la *elocutio*, como veremos. Tanto la *dispositio* como la *elocutio* muestran la personalidad emotiva, el *pathos*, del escritor, como sus filias, fobias, manías estilísticas y sus desdoblamientos de personalidad.
5. **Función del discurso:** Evidentemente, Millás es un articulista que no oculta la función expresiva y la apelativa, que son las que prevalecen en todos sus artículos. Pero lo importante es analizar cómo utiliza la función referencial y la poética en muchas ocasiones. También la fátiga, ese contacto constante con el lector es una función sobresaliente en él.
6. **Recurrencias:** las palabras que más utiliza o la significación de ciertos vocablos en el texto. Estas recurrencias no tienen sentido en un apartado único por lo que aparecerán a lo largo del análisis correspondiente al epígrafe de tematización e ideología
7. **Léxico ausente:** Cuando se manifiesta por medio del análisis que faltan palabras lógicas con el tema o asunto de fondo, estamos ante ausencias voluntarias de léxico y ello obedece a una actitud absolutamente premeditada de no utilizar vocablos que "se esperan". De este modo, el escritor no juega a despistar sino a no encasillarse, a cultivar otro estilo y tono para decir lo que piensa con términos ajenos al contexto político-ideológico de la sociedad en la que vive. Estas ausencias léxicas, que también podríamos llamar como silencios estratégicos y recurrentes, tampoco tienen sentido en un apartado único por lo que también aparecerán a lo largo del análisis en los epígrafes de tematización, tono e ideología
8. **Palabras clave:** son términos que no sólo se repiten con frecuencia sino que delatan reiteraciones conceptuales que forman parte del universo creativo y comunicativo del escritor.

7. Estructuras de los artículos de J.J. Millás

Juan José Millás es un escritor que prefiere la inducción a la deducción como estructura principal de sus artículos. De las 62 columnas que publicó en *El País* durante el año comprendido entre el 1 de septiembre de 2000 hasta el 31 de agosto de 2001, 48 son artículos inductivos y 14 son deductivos. En el gráfico 1 puede apreciarse la proporción:

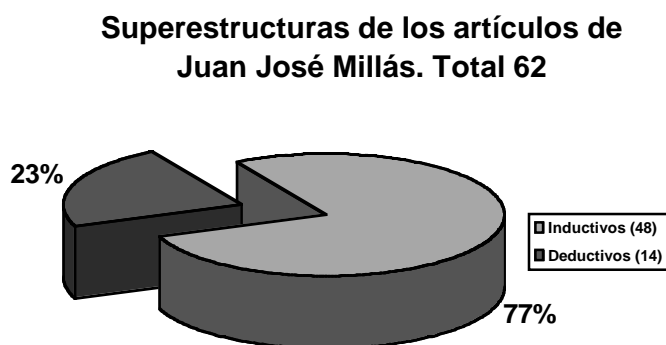


Gráfico nº 1

La inducción es una técnica persuasiva muy eficaz desde una perspectiva de comunicación de masas. Por medio de la inducción se conquista de inmediato la atención de lector: comenzando una narración de hechos, ficticios o reales, lo suficientemente bien contados y en el punto exacto para lograr un interés inmediato, ya sea por el propio alcance y significación de esos hechos como por la forma de narrarlos o recordarlos. También la inducción reclama la atención lectora por medio de preguntas (retóricas), analogías, parábolas, ilustraciones y fábulas. El escritor no comienza su texto por proposiciones y premisas sino que parte de algo particular en su narración, y con esos elementos argumenta para llegar a categorías más generales, es decir, para extraer los significados ideológicos y morales de lo narrado. Y eso lo puede hacer, además, utilizando su facultad de juicio categórico, que expone en el último párrafo de forma explícita, o renunciando a este epílogo, por lo que deja el trabajo al lector de concluir, trabajo relativo ya que el camino de la inducción está muy marcado. En este caso hablamos de juicio implícito.

Con estas posibilidades se logran cinco combinaciones de modelos de artículos y cada una de ellas expresa la preferencia del autor a la hora de expresarse sobre una determinada cuestión. A la vez, la suma de los artículos distribuidos en las cinco posibilidades inductivas ofrece un retrato fiel del carácter comunicativo del escritor. En primer lugar, ateniéndonos a la macroestructura, Millás, además de preferir la inducción, también se inclina por dejar sus artículos abiertos, es decir, sin juicio concluyente, de manera que sea el lector quien realice esta operación. De los 48 artículos inductivos, 25 son de juicio implícito y 23 de juicio explícito. Otra característica importante: de esos 48 artículos, justo la mitad, 24, son narraciones

literarias que Millás construye como una gran analogía de la realidad. Son fábulas, con las cuales el lector encontrará la relación con los hechos de la actualidad periodística o con asuntos de la realidad que preocupan en ese momento o que afectan de modo común a muchos seres humanos. Esta forma de opinar es absolutamente inductiva, no hay argumentación, solo relato, pero, eso sí, con una clara intención ideológica. La ideología no la entiendo únicamente en su significado socio-político sino que también es una categoría filosófica y existencial. Juan José Millás es un articulista que recurre fundamentalmente a la fábula para persuadir de sus razones y juicios. A veces, esos relatos fabulísticos —a los que Millás ha gustado en llamar *articulentos*— tienen un epílogo, un último párrafo de juicio explícito, como las moralejas de los antiguos cuentos, pero en este caso en mucha menor cuantía: 7 artículos.

Cuando después del comienzo inductivo Millás introduce razonamientos argumentados, el columnista abandona la narración para introducirse en la valoración analítico-sintética y en la especulación (aunque rara vez). 16 son los artículos inductivos que han acogido esta estructura con juicio explícito. Y solo una con juicio implícito. Esto significa que cuando Millás quiere dar su opinión razonada sobre algo prefiere concluir y no dejar abierto, inconcluso, un camino ya desbrozado. En el gráfico número 2 se puede ver la distribución de las formas y estructuras comunicativas de Juan José Millás en sus artículos inductivos:

Artículos inductivos de J.J. Millás Dispositivo (total 48)

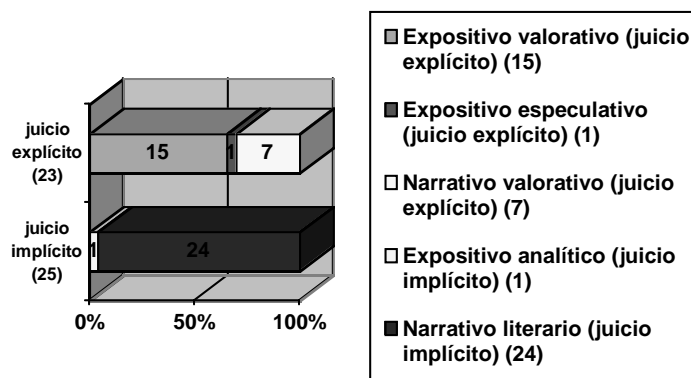


Gráfico nº 2

La deducción es una técnica persuasiva que exige del receptor una atención reflexiva mucho mayor desde el comienzo de la lectura que la que demanda la inducción. En los artículos deductivos la atención se reclama por medio de una premisa como proposición de partida que debe atraer al lector, tanto por su acuerdo como por su desacuerdo o por su sorprendente reclamo. A partir de ahí se sigue con argumentos que se aplican a hechos y asuntos para lo cual pueden utilizarse argumentos inductivos, como la analogía, para ir desarrollando el

pensamiento que se ha de comunicar y que aboca en juicios concretos sobre cosas concretas. Es un proceso mucho más intelectualizado que la inducción y más difícil en el logro persuasivo, pero también con un efecto más profundo en la comunicación. Millás sólo tiene 14 columnas deductivas de las 62 publicadas durante el año de estudio y todas ellas son de juicio explícito. Evidentemente, la imagen que Millás proyecta en sus lectores no es la del intelectual sino la del juglar o la del relator. Eso es importante porque no suele ser premeditado o de elección voluntaria sino que forma parte del carácter del escritor. Millás no está cómodo en la opinión cuya base sea el razonamiento deductivo. Y cuando acude a la estructura deductiva no renuncia a la inducción en sus razonamientos ya que no abandona nunca la analogía, base argumentativa de este columnista. Su sitio es el relato, la ficción y la realidad en una continua convivencia. Millás no es analítico al modo deductivo, sino en el inductivo: su mente estructura el pensamiento en imágenes que relaciona con otras, reales o imaginadas. De este modo construye su universo, su ideología, su opinión sobre el mundo, las cosas y los seres humanos.

En el gráfico número 3 puede verse la distribución de los escasos artículos deductivos de Juan José Millás:

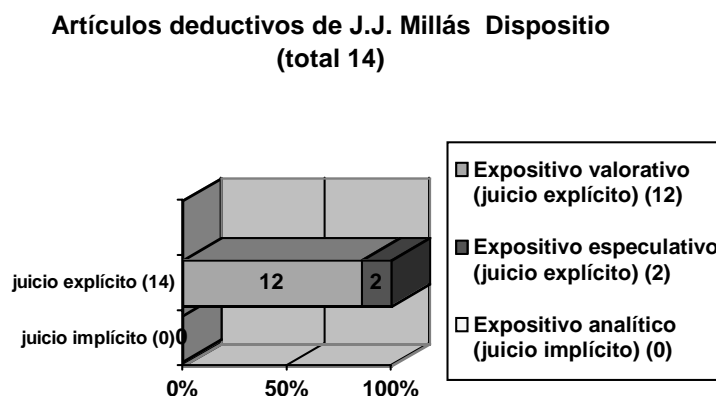


Gráfico nº 3

8. Tematización e ideología en las columnas de J.J. Millás

Si en el anterior epígrafe dedicado a las estructuras comunicativas de Juan José Millás la cuantificación era fundamental para extraer unas conclusiones sobre su carácter comunicativo, en este epígrafe la cuantificación nos muestra en un primer momento de qué habla Millás, es decir, qué le preocupa y qué quiere transmitir al lector. Por eso lo primero es verlo aunque ello no sea suficiente para comprender cómo y por qué lo hace. En el gráfico nº 4 vemos la distribución temática de los 62 artículos analizados de Juan José Millás:

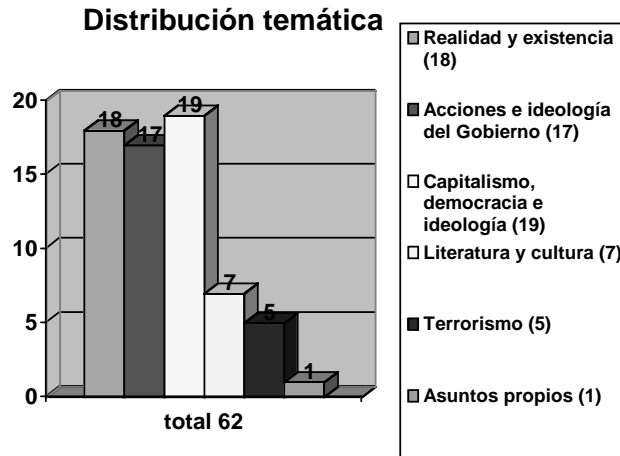


Gráfico nº 4

Juan José Millás aborda en sus columnas temas de la realidad política, social y filosófica (en el aspecto ético y existencial) que mezcla, enlaza y relaciona constantemente. Pocas de sus columnas se refieren a un solo hecho. Pero, no obstante, en cada artículo subyace un asunto o un aspecto fundamental, por lo que no resulta imposible una clasificación descriptiva de los temas que protagonizan sus columnas y que, a la postre, diagnostican sus preocupaciones, su forma de pensar y de intentar apelar al lector para que comparta su selección de la realidad. De este modo podemos destacar 4 aspectos temáticos que han protagonizado las 62 columnas escritas por Millás durante el año estudiado (1.9.2000 / 31.8.2001) y por orden respecto a la cantidad de artículos o de recurrencia. Estos 4 epígrafes son los siguientes: sobre su filosofía de la vida; sobre el gobierno del PP, sus acciones, hechos, dichos e ideología; sobre el capitalismo, ideologías y democracia; y sobre la literatura.

8.1. Sobre su filosofía de la existencia, lo cual comprende ética, derechos humanos, modos de vida, dimensiones de la realidad y significados de la ciencia y la tecnología en los seres humanos: es el grupo más numeroso con 18 columnas. En ellas aparece un Millás a veces sobrecogido, otras preocupado, también enojado, melancólico o dubitativo, en fin, un Millás íntimo y otro público y otro, aunque menos frecuente, juzgador. Las columnas que pertenecen a este grupo son las más personales y emotivas del escritor. Los temas que en ellas trata son los siguientes:

- **Sobre el racismo y el individualismo de nuestra cultura:** se trata de un asunto que Millás aborda de diferentes formas: a través de fábulas con su simbolismo y significado, por medio de parábolas y analogías y, las menos, argumentativamente. Millás descarga en la metáfora y en la analogía todo su intimismo para reflexionar sobre la condición humana:

“Si no hubiéramos cortado nunca los cordones umbilicales, ahora no habría razas, por ejemplo, sino coloraciones diferentes de la gran mancha, lo mismo que sucede con los líquenes, que cambian de tono dependiendo del espacio que ocupan sobre el tronco. A mí no me parece mal esta solución. Tener que ser un individuo todos los días de tu vida cansa lo tuyo. Y al final sale muy caro, de modo que todo son desventajas”. (Col. n^o 14, 1/12/2000)

- **Sobre nuestras dependencias**, como la de los aparatos electrodomésticos sin cuya existencia ya no concebimos la nuestra. Nuestra cultura desecha la muerte y la oculta, pero no es capaz de poder prescindir de los artefactos sobre los que hemos construido nuestras existencias:

“De hecho, vivimos como si no se hubiera muerto nadie, pero tampoco nos enseñan a plantar cara a la agonía de los electrodomésticos ni a los achaques de la cisterna del retrete o del calentador del gas, que en el fondo son un reflejo de nuestros achaques”. (Col. n^o 18, 29/12/2000)

- **Sobre la realidad digital o virtual**, una vida que hemos creado como dioses. A Millás ciertamente le fascina una tecnología que no domina y la semejanza bíblica, apocalíptica, y tal vez algo tópica, le surge de inmediato. Las nuevas tecnologías son misterios para Millás y le sugieren verdaderas leyendas urbanas, aunque también le sirven para sus ironías políticas:

“Con la misma extrañeza con que observaba Dios la realidad analógica, construida por Él mismo, nos asomamos nosotros ahora a la realidad virtual, hecha a nuestra imagen y semejanza”. [...] “Lo interesante de todo esto es el hecho de haber abierto en nuestra dimensión un agujero por el que podríamos ver el rostro de Dios, que quizá nos observa espantado por la misma abertura. No pierdan el tiempo buscándolo en dios punto con ni en satán punto es. Se trata de un hacker más experimentado que todo eso. Sean en todo caso que, mientras navegamos, nos observa”. (Col. n^o 21, 19/1/2001)

“Convendría delimitar las fronteras porque hay días en los que al volver de la Red tienes el pecho analógico y las piernas digitales, o la mirada real, pero el temperamento virtual y te golpeas con las puertas porque ya no distingues este lado de aquél”. (Col., n^o 23, 2/2/2001)

“Por cierto, que ese cabecero de cama que usted encontró la semana pasada en un vertedero y que tan bien le había quedado en el dormitorio tras un par de retoques, podría tener ocultos un micrófono y una microcámara que filma sus sueños y los envía al taller de un artista digital (antes, chorizo) afincado en Barcelona. Por si acaso, antes de meterse entre las sábanas, grite siempre viva el Rey”. (Col., n^o 60, 27/8/2001)

- **Reflexiones sobre la realidad por medio de su alter ego**. Millás se desdobra frecuentemente en otro personaje: un ama de casa con marido e hijo que escribe en un diario sus impresiones de la vida (es recurrente, como lo es también en su obra literaria, este desdoblamiento en una mujer). Con este recurso retórico y psicológico, Millás se permite la crítica irónica por medio de una fingida ingenuidad de mujer poco experimentada,

entregada y sola, incomprensida y soñadora. Este *alter ego* le permite al columnista construir sus reflexiones más intimistas y menos amargas, aunque no exentas de intención crítica en todo momento:

“En el mercado nadie se dio cuenta de que no pensaba”. [...] “Por la noche cenamos juntos mi hijo, mi marido y yo, y disimulé mi ofuscación sin problemas. Luego nos sentamos a ver la televisión y salieron dos ministros. Me di cuenta de que estaban tontos como un loco reconoce a otro loco, pero no dije nada para no asustar a los míos”. (Col., nº 24, 9/2/2001)

“Me pregunto qué pasaría si yo me arrojara desde dentro de mi cabeza a la realidad. ¿Flotaría en el aire? ¿Me rompería en mil pedazos como un jarrón? ¿Taparía una mujer los ojos de su hija para que no me viera caer? Y, si me rompiera, ¿recogería alguien los trozos y se pasaría el resto de su vida intentando unirlos? En cualquier caso, no pienso tirarme. Me gusta ver la realidad desde dentro de mi cabeza, asomada a un ventanuco por el que quizá no me cupiera el cuerpo entero. El ventanuco es más pequeño ahora que hace unos años, quizá porque yo he crecido o porque todo es más estrecho, no lo sé. Se vive bien dentro de la cabeza, no puedo quejarme, aunque a veces me gustaría salir a tomar el aire un rato”. (Col., nº 40, 1/6/2001)

- **Sobre el alcance de los descubrimientos científicos:** le fascina el protagonismo, a la entrada del siglo XXI, del proyecto genoma y de las ciencias de la neurobiología. La ciencia es tema también lejano para Millás y, aun sorprendiéndole, se resiste a dejarse seducir por los continuos avances científicos:

“Saber que estamos hechos del mismo material que los gusanos o los escarabajos facilita la fusión con la naturaleza y favorece el progreso de las filosofías o las religiones no agresivas”. (Col., nº 25, 16/2/2001)

“Tú, yo, él. Estamos hechos de pronombres. Quizá busquemos erróneamente en la ciencia lo que se encuentra en la gramática”. (Col., nº 38, 18/5/2001)

- **Sobre el problema de la desigualdad social entre hombres y mujeres:** lo afronta también por medio de esa ama de casa en la que le gusta convertirse para reflexionar. Millás no suele acudir en estos debates sociales a la argumentación. La metáfora y la analogía son las bases fundamentales de sus narraciones parabólicas con las que construye un edificio de simbolismos y significaciones para el lector:

“Me pregunto si alguna vez, en la conquista por la igualdad entre hombres y mujeres, se equiparán los calzoncillos a las bragas. Mi marido y mi hijo usan calzoncillos de las mejores marcas. Pese a ello, no logran alcanzar la sutileza de mis bragas, que sin embargo no son caras. Resultan más nobles unas bragas baratas que unos calzoncillos caros, no logro comprender por qué”. [...] “He escrito a un programa de radio relatando estas dudas, pero debe de parecerles mal hablar de ropa interior, pues todavía no han mencionado el asunto. En el fondo, yo creo que les da lo mismo esa igualdad de la que tanto hablan”. (Col., nº 31, 30/3/2001)

- **Sobre la necesidad del ser humano de sustentar unas creencias,** las cuales son parte de

su grandeza. Pero también de su perversión aniquiladora y excluyente de otros seres humanos:

“La gente necesita creer en esto o en lo otro para levantarse todos los días de la cama. La historia de la humanidad está hecha de individuos que creían en cosas absurdas. Pero gracias a esas creencias tenemos las pirámides de Egipto y el Partenón de Atenas y las cataratas del Niágara (es un decir), y la cúpula de San Pedro. Entiendo, pues, que alguien desayune haciendo planes para descubrir la existencia de los artibos, que son una cosa que me acabo de inventar. Lo único que pido a estos señores tan encantadores e imaginativos es que después de descubrirlos no maten a nadie en nombre de la artibosis. La artibosis, como la teología, debería servir principalmente para escribir historias de miedo”. (Col., nº 32, 6/4/2001)

- **Sobre el mobbing o acoso moral en el trabajo:** es un asunto de reciente tematización en los medios de comunicación que lo importaron de EE.UU. Juan José Millás sí acude aquí a la argumentación y a los juicios categóricos para hablar de una realidad para la que aún no ha encontrado otro personaje que lo represente:

“Es probable que haya más acoso moral del que dicen las estadísticas. El terror laboral se transmite por vía jerárquica, a través de la cadena de mando. Cuando en una empresa desembarca un presidente o director general que es un hijo de perra, los mandos intermedios se transforman en hijos de perra. Y el que muestra reparos para morder a sus congéneres es marginado de inmediato, convirtiéndose en víctima de lo que no ha podido practicar. Hay oficinas que al final del día están repletas de cadáveres. Mi jefe me acosa lo normal. Mi marido me pega lo normal”. (Col., nº 41, 8/6/2001)

- **Sobre el problema existencial del azar caprichoso:** cuando el tema no tiene hechos ni nombres propios, sino que es producto de una reflexión filosófica, Millás prefiere darle forma de cuento o fábula. Los animales, como ha ocurrido desde la antigüedad, son perfectos para representar situaciones afines a las de los seres humanos:

“Me impresionó que la vida de una mosca dependiera de ese cúmulo de coincidencias porque quizá la mía no era menos casual. La mosca se posó en la ventana, al sol, para sacudirse el frío, y en esto apareció una lagartija y se la zampó. Aunque tenía el cuento prácticamente terminado, lo rompí y me fui a la cama para no provocar más prodigios, pero tampoco más catástrofes”. (Col., nº 42, 15/6/2001)

- **Sobre la conciencia:** Millás desgrana recuerdos en sus columnas de vez en cuando. Entonces es el niño que fue, o el joven, o su propia madre que le habla. Podría decirse que Millás comunica en sus columnas dosis de nostalgia compartida (como el escritor que constantemente es consciente del paso del tiempo y de la pérdida del tiempo) aunque, desde luego, dosis muy medidas, como con temor a sobrepasarse:

“Antes de que se hiciera de día, me levanté sin hacer ruido y cogí del bolsillo de la chaqueta de mi padre dos reales. Al día siguiente, al volver del colegio, se los mostré al tuerto, que me llevó dentro del portal, a un hueco que había debajo de la escalera. Una vez allí, se colocó de rodillas y se separó los párpados del ojo vacío, al que me asomé con

terror. No vi nada de lo que había imaginado. Sólo un pliegue rojizo que en ese instante humedeció una lágrima ciega. Jamás supe si esa lágrima procedía de su ojo o del mío". (Col., nº 44, 29/6/2001)

- **Sobre la engañosa diferencia entre la realidad y la ficción:** este es uno de los temas favoritos del columnista. A Millás le apasiona la palabra realidad con sus simbolismos y significaciones. Le aterran también los usos que de ellos se hacen desde el poder. En todo caso, la palabra realidad es una recurrencia que define al escritor y crea la sensación de perderse en un laberinto de espejos entre los que no distingue realidad y ficción. Es una influencia muy clara de Borges, tal vez uno de sus autores más admirados aunque con cuidado de evitar la emulación. Millás quiere encontrar su propio estilo:

"La ficción ha penetrado en la realidad como la silicona en los cuerpos y no hay manera de saber dónde tenemos el pie, ni falta que nos hace. Mis padres me decían que pusiera los pies en la realidad, y cuando me asomé a lo que llamaban realidad, resultó ser un sitio inhabitable, a menos que le añadieras unas porciones de ficción. Ahora circulan unas 'biografías autorizadas', que curiosamente son más fantásticas que las inventadas. Lo falso es más cierto que lo verdadero. Si quiere usted atinar, diga lo contrario de lo que se le venga a la cabeza". (Col., nº 47, 20/7/2001). "Lo angustioso, en fin, es que la realidad está dirigida por abstemios que conducen como locos". (Col., nº 45, 6/7/2001)

- **Sobre las contradicciones del ser humano:** unido a lo anterior en su fondo, pero de distinta naturaleza, a Millás le gusta de vez en cuando reflexionar sobre la condición humana en primera persona. Este rasgo de exhibición lo trata de neutralizar con elementos fantásticos que rebajan el tono de la confesión al de la fabulación:

"Por eso olvido todo lo que escribo, porque no quiero tener dos cabezas como mi madre. A veces, cuando en una cena alguien saca un artículo de la cartera y me lo enseña, me parece que me está enseñando la otra cabeza. Entonces bebo para olvidar con el alcohol lo que no consigo olvidar con la escritura". (Col., nº 34/20/4/2001)

- **Sobre el libro:** Juan José Millás es un amante devoto de los libros y los considera como un tesoro que hay que proteger de la voracidad de la lógica del mercado, de la vida moderna y de la política:

"Recogí el alma, que se me había caído a los pies, y la coloqué en el carrito, junto al paquete de comida para perros. Luego, todavía aturdido por el espectáculo anterior, me perdí en un pasillo y acabé en una dimensión del hiper que parecía la biblioteca de una mansión inglesa, pues la gente, poca, hablaba en voz baja, y las paredes estaban decoradas con maderas oscuras que daban al ambiente una atmósfera intelectual muy agradable. No era una biblioteca, sino un rincón del gourmet o algo parecido en el que los embutidos estaban encuadernados en piel y los patés se almacenaban en estanterías que merecerían haber albergado las obras completas de Shakespeare. La confusión aumentó, si cabe, al tropezar con un queso llamado Quijote, cuya etiqueta parecía la portada de una novela de aventuras". (Col. nº 62, 31/8/2001)

- **Causas personales:** el hecho de haber dedicado una columna entera a un asunto propio, a pesar de que el total de columnas publicadas fueron 62, debe reseñarse porque tal vez, como aconseja Paul Johnson (1997: 23) -lo define en una sola frase: "no explotar nuestro poder de columnistas con fines personales" - no debería haberse publicado, al menos de ese modo. Muchas veces Millás recurre a fábulas para alejarse de una realidad demasiado cercana, pero no lo hizo en una ocasión. Su columna titulada *El otro* es un desahogo público y poco púdico de un asunto personal que le enojó. Así comienza:

"Cuando me dijeron que no puedo ser Juan José Millás en Internet porque alguien se lo ha pedido antes que yo, mi primer impulso fue poner una denuncia. Luego, como el abogado me salía más caro de lo que valgo, decidí dejar las cosas como están. Ese loco que pretende ser yo no tiene ni idea, pues, de la vida que le espera. Si ha de pasar en la existencia digital por la mitad de lo que yo he pasado en la analógica, no tardará en salir corriendo de mi cuerpo. Entre tanto, me divierte asomarme cada día al ojo de cerradura de la Red y ver a qué se dedica mi reflejo cibernético. De momento, no se dedica a nada: está ahí el pobre, en medio de un escaparate desolado, esperando que alguien lo compre. Pero quién va a comprarlo. ¿Quién va a comprar un Juan José Millás binario, por favor? No tiene ni idea el individuo que se ha metido en mi pellejo lo que me cuesta venderme cada día. Y eso que en la versión analógica sé arreglar enchufes y reparar grifos y colgar cuadros y lavar y planchar y cambiarle al coche la batería y el aceite". (Col. nº 8, 20/10/2000)

En este mensaje particular que Millás envía a un adversario que le ha usurpado el nombre en Internet con vistas a negociarlo aparece el Millás acostumbrado: irónico y hasta burlón. Pero en el último párrafo se muestra un Millás moralista, imagen esta que precisamente ha tratado de evitar en todas sus columnas. La pasión del enojo no la ha controlado como otras veces:

"Estoy hasta los huevos de la versión original, que dicen que es la buena, de modo que no quiero ni imaginar cómo serán las copias. Agradecería, pues, que te apropiaras también del familiar Juanjo Millás antes de que tenga un momento de debilidad y lo haga yo por pena. No olvides tomar Almax para el ardor de estómago, y Trankimazín para la angustia. Para la culpa no he encontrado nada todavía". (Col. nº 8, 20/10/2000)

Esta forma tan genuinamente moralista de utilizar la palabra "culpa" no la ha repetido en ningún otro artículo. Eso llama la atención porque Millás se cuida mucho en todas sus columnas por evitar dar esa imagen de púlpito. Pero aquí se traicionó, como siempre suele traicionar la pasión a los logrados esfuerzos de la racionalidad.

De este primer gran grupo de columnas de Juan José Millás puede deducirse que la palabra **realidad** es la gran protagonista del pensamiento existencial y filosófico que quiere transmitir, por supuesto congruente con su ideología vigilante de las trampas que tiende el neo-liberalismo triunfante. Añora Millás las ideas que alimentaron la fe en la condición humana como una necesaria racionalidad de convivencia, compromiso y libertad. Esta palabra, libertad, apenas la utiliza. Prefiere manifestar aquello que nos ata y esclaviza, aquello

que invade la sagrada intimidad del ser humano, aquello que nos recluye en un individualismo feroz y que, a la vez, nos despierta peligrosamente las viejas ataduras del tribalismo. La realidad es para Millás un concepto distribuido en casillas, como colmenas, que hay que visitar, analizar y reflexionar, cuestión esta última que protagoniza sus escritos. Apela al lector a la reflexión, a la cordura, a la racionalidad que sólo se consigue escrutando esas parcelitas de realidades cotidianas que a todos nos afectan.

Millás cuida mucho su estilo literario pero lo disimula en un tono coloquial que le sirve para su gran figura retórica, sus señas de identidad: la ironía. En ella se refugia y evita concienzudamente cualquier atisbo de sentimentalismo o falso lirismo en estas columnas tan personales en las que habla de lo que piensa y siente. Su *alter ego*, esa ama de casa que escribe un diario y que tiene un marido y un hijo, podría ser cualquier ciudadana de mediana edad con una cultura pobre pero salvada por la reflexión y la introspección precisamente por la soledad que padece. Millás habla muchas veces con el lenguaje de esta mujer corriente, con sus sensaciones y meditaciones, deducidas ellas de hechos cotidianos, nada importantes en apariencia, pero con una gran significación existencial como es todo lo pequeño que constituye minuto a minuto nuestras vidas. Llama la atención este esfuerzo de coloquialismo que consigue sin que suene falso. La ironía es su gran aliada y la analogía, esa forma de construir relaciones cuya deducción a menudo se la deja al lector, es el gran juego retórico de este columnista. Un ama de casa es la que mejor muestra la psicología de Juan José Millás: sus dudas, sus heridas, sus limitaciones, sus ideales no corrompidos. No busca impresionar al lector por medio de profundidades sino por medio de lo simple: ahí está la causa, en lo más visible, evidente, estúpido, rutinario. La causa de nuestra infelicidad y de los problemas de convivencia que vamos creando por un egoísmo cultivado a base de despreciar lo importante, que nunca es grande ni llamativo ni caro.

Las columnas de Millás existenciales o filosóficas rezuman un estoicismo clásico. Pero al contrario que el gran Marco Aurelio, que quiso dejar para la posteridad sus reflexiones vitales a través de sus máximas, Millás no pretende enseñar sino mostrar. Es diferente. Él utiliza la técnica de la visibilidad según el concepto que Aristóteles definió en su *Retórica* (III, 11): "Llamo poner ante los ojos algo a representarlo en acción". Es otra forma de actuar, de comunicarse, de pretender una apelación solidaria con el lector. Entonces Millás muestra, enseña una vida, la del ama de casa, y la suya propia, o de un bicho; con recuerdos de infancia, de juventud, con sensaciones, que va desgranando columna a columna y cuyo tono de sinceridad logra una credibilidad en su verosimilitud. Lo de menos es que sea cierto. Lo que importa es que logra la empatía del lector porque probablemente a ese lector le haya ocurrido algo semejante, una sensación parecida, un sueño igual de ilógico aunque simbólico, un recuerdo fugaz en la memoria pero asentado en su carácter. Es una cuestión de proporciones. Para Millás son siempre mesurables, abarcables, pero con grandeza en su pequeñez. Da mucha importancia a las casualidades por el engaño que pueden producir: el azar es la fuerza que

siempre nos tendrá a su merced, piensa. Le importan también esos gestos de los poderosos que no son noticia y que, sin embargo, contienen todos los significantes y significados que padecemos. Una noticia de esquina, mínima, le provee de más inspiración que los grandes titulares.

Lo que verdaderamente preocupa a Millás son las palabras y su poder de encantamiento y ofuscación, como también le ocurría a Platón. Para Millás todo está en el lenguaje, la realidad es gramática, y se rebela cuando el poder secuestra el sentido de las palabras y las prostituye en significados que ocultan perversas realidades. Detesta la hipocresía y el engaño. No se conforma, y una y otra vez construye sus columnas con la significación de lo que decimos y de lo que nos dicen. Se percibe en él un cierto temor a la afasia por desconocimiento del lenguaje en los jóvenes y los no tan jóvenes. Y ello trae consigo, claro, la sumisión orwelliana, la infelicidad de toda vida que no puede explicarse a sí misma, que no puede siquiera nombrarse ni comprenderse. Su ama de casa escribe un diario. Cada párrafo sale del anterior, como un esfuerzo parturiento (socrático, en definitiva) que evidencia que la luz sólo puede darse y recibirse por medio del lenguaje, pariendo palabras que van construyendo ese pensamiento que desconocemos, que gestamos, y que sin el esfuerzo de un parto de vocablos nunca verá la luz y será abortado. Ese es el mundo de Millás y su máxima apelación a un lector al que quiere conquistar como una Scherezade actual. Sabe que su vida y la nuestra dependen de las historias que seamos capaces de crear, de relatar y de comprender, y que fuera de ello sólo está la condena de una muerte porque falta la dignidad para poder vivir una existencia plenamente humana.

Los artículos narrativos valorativos, es decir, una historia contada con su juicio explícito, son 2, muy pocos en este bloque de columnas dedicadas a aspectos existenciales en el amplio sentido del término. Tiene también 3 artículos, de los 18, inductivos, expositivos-valorativos de juicio explícito. ¿Por qué este cambio de *dispositio*, de forma en la que se dirige al lector? El artículo inductivo, expositivo-valorativo, tiene un corte clásico: exposición de hechos, argumentación sobre su significado y alcance y conclusión ideológica. Esto exige cierto orden expositivo del que no gusta demasiado Millás, más dado a un desorden aparente: mezcla en sus columnas varios hechos, reales y ficticios, y la analogía se funde en un todo que es un entramado de significados. Pero algunas veces se siente alterado por un desorden disparatado, como por ejemplo los atascos de tráfico, ya rutinarios, de las "operaciones salidas" en determinadas fechas festivas, y eso rebela a Millás y cambia su tono por el de la proposición una vez establecidos los hechos que la sostienen: "La repetición nos hace creer en la existencia de un orden inmutable". [...] "Hay órdenes inmutables sobre los que se asienta el caos de este universo contingente". (Col nº 33, 13/4/2001). Millás no quiere aceptar esta inmutabilidad ordenada a la par que irracional. Aún así, en medio de este artículo expositivo de unos hechos que valora y juzga, no resiste la tentación de contar una historieta a modo de parábola antes de juzgar el hecho en su última frase: "La Operación Salida mata mucho, más que

cualquier otra cosa, pero podemos soportarlo porque tenemos la seguridad de que tras los atascos llega el tráfico fluido. Viva el orden”.

Esta forma racionalista de articular su columna, más escasa, vuelve a preferirla ante el hecho del acoso moral y no duda en prescindir de la fabulación para presentar al lector en primer lugar el dato y luego deducir significaciones: “Según un estudio de la Universidad de Alcalá de Henares, millón y medio de españoles son víctimas de acoso moral en el trabajo. El acoso moral produce un daño que mata de forma silenciosa”. El párrafo lo reserva para la denuncia enjuiciadora de la realidad laboral de nuestro país: “Hay oficinas que al final del día están repletas de cadáveres”. (Col. nº 41, 8/6/2001)

En otra columna inductiva pero argumentada (artículo expositivo-valorativo de juicio explícito), Millás recurre a la pregunta, no retórica, sino irónica, que no es lo mismo. Ambos modos de utilizar el recurso de la pregunta son métodos inductivos pero el tono es diferente: “¿Ustedes creen que a Carmencita Martínez Bordiú, viniendo como viene de una familia culta, le apetece ganarse la vida promocionando casas de masajes? Pues sí, le apetece, pero ella preferiría que le apetiesera el arte”. (Col. nº 57, 20/8/2001). Este artículo, de la serie *La extraña pareja* publicada en el verano y de una extensión justo el doble que sus otras columnas, intenta mostrar las contradicciones arraigadas en la mayoría de los mortales entre lo que debería ser y lo que es porque se elige, es decir, se tiene claro qué es lo mejor, lo decente, lo honorable, pero se prefiere el camino de la vulgaridad, la desidia y la mugre moral. Utiliza personajes públicos y asuntos publicados (Aznar, Gescartera) para argumentar analógicamente —como casi siempre— el por qué, pudiendo elegir bien, lo hacemos mal. Esa es la base de la infelicidad para Millás. “Estamos más dotados para la infelicidad que para la dicha”, dice (col nº 57, 20/8/2001), pero no en tono apocalíptico, sino por medio de un humor ácido del que nunca quiere prescindir a la hora de llamar la atención sobre los grandes problemas existenciales.

La existencia. Esa es la cuestión que verdaderamente preocupa a Juan José Millás. La existencia como el concepto básico que siempre ha sido de toda filosofía, de toda pregunta sincera. Millás acostumbra a sus lectores a que de vez en cuando publique una columna en la que deposita sus reflexiones sin respuesta ni conclusión posible. Porque no la tiene. ¿Tiene conclusión argumentar sobre la existencia? A Millás le parece que no. Entonces elige una estructura inductiva, expositiva-valorativa, porque parte de un hecho curioso y raro publicado en la prensa como información precisamente por eso, por raro, por sumamente curioso. Unos médicos de cierta localidad de Granada confunden un muñeco de silicona con un feto y lo llevan al Anatómico Forense y la Guardia Civil busca a la supuesta madre... . Un hecho real, como tantos otros con los que nos sorprende a diario la realidad periodística. Millás reflexiona sobre las apariencias, tantas veces confundidas con lo real, medita en voz alta, y confiesa algo que quizá describa mejor que nada el carácter del escritor: “Mis padres me decían que pusiera los pies en la realidad, y cuando me asomé a lo que llamaban realidad, resultó ser

un sitio inhabitable, a menos que le añadieras unas porciones de ficción”. (Col. 47, 20/7/2001)

Es esa ficción lo que busca constantemente Millás y si quiere reflexionar sobre la existencia no acude a filosofía alguna, le basta con su realidad hecha ficción o con su ficción hecha realidad. Todo lo mezcla en un cóctel que prepara calculando la fórmula, nada es improvisado ni falta de la necesaria medida. Juan José Millás consigue el efecto de la espontaneidad midiendo y componiendo con precisión. La palabra realidad queda como la espuma de su propio océano. Pero se deshace, es espuma, apariencia. No cree en ella.

El único artículo deductivo de este grupo de columnas existenciales lo abre con una premisa refutativa: “Entiendo que haya individuos empeñados en demostrar la existencia de los marcianos. Lo que no entiendo es que haya gente empeñada en probar que no existen”. (Col. nº 32, 6/4/2001). Millás expone la tremenda incongruencia de los que luchan por probar la inexistencia de lo que no creen. Ese es, deduce, el principio de toda guerra absurda e irracional, como todas las guerras.

Pero, salvando esos casos de argumentación, Millás se expresa con cuentos en estas columnas reflexivas sobre cosas grandes tomadas de hechos pequeños y vestidas con analogías muy sencillas y cotidianas. De sus 18 artículos que conforman este grupo temático sobre su filosofía de la existencia, 10 son auténticos relatos, esos *articuentos* a los que así ha llamado en una creación verbal, recurso retórico al que, por cierto, es muy aficionado. Esos artículos en forma de cuento son auténticas fábulas, y en ellas expresa su opinión sobre el mundo y las cosas sin querer recurrir a juicio alguno. Utiliza la visibilidad de una historia para persuadir al lector de sus razones. Estos artículos son narrativos literarios porque, además, no tienen moraleja, es decir, un juicio final que les dote de un sentido didáctico al modo de muchos cuentos infantiles y fábulas clásicas. Millás deja al lector ese trabajo. Lo cual redundará en el gran poder de persuasión de lo implícito, como ya teorizó Demetrio en *Sobre el estilo*. Se rechaza mucho menos lo que uno es capaz de concluir que lo que se ofrece ya con un significado concluyente.

La realidad es un concepto para Millás que engloba la verdad, palabra que nunca usa, como si premeditadamente la huyera, y la realidad es también todo lo que oculta el lenguaje. Por eso es capaz de escribir una columna alrededor de un solo vocablo y construir una historia como quien se sirve de un eje para hacer una rueda. Esa realidad ahora puede ser virtual, término que le preocupa o le fascina por todas las posibilidades de su polisemia. Virtual es Internet y virtuales los políticos aunque el poder nunca lo sea. Desenmascarar con humor irónico las trampas de la virtualidad es algo que se propone con una frecuencia que no ahuyenta su perplejidad. Perplejidad de un hombre maduro, de esa generación de posguerra que va camino de los sesenta y no ha asimilado el poder virtual de las nuevas tecnologías. Quizá en este tema el temor de Millás no sea demasiado racional y sus historias adolezcan de cierto tremendismo popular que no va más allá de su sensación de impotencia ante lo que no

acaba de comprender.

8.2. Sobre el gobierno del PP, sus acciones, hechos, dichos e ideología.

A Juan José Millás no le gusta el gobierno del Partido Popular, al que no concede el eufemismo de centro derecha, sino que es derecha simplemente. Ante este asunto Millás no se muestra tan fabulador y la ficción se le queda corta. También cambia su carácter comunicativo: si un 23% de los artículos de Millás son deductivos, es decir, elige la proposición para abrir su discurso y no el relato, la mayoría de ellos pertenece a este grupo de artículos en los que muestra su ideología política. Ya no es el Millás más imaginativo sino el más cáustico. Sigue empleando la ironía como tono pero le sale el sarcasmo y la protesta ante lo que considera inadmisibles. No oculta su simpatía por una izquierda utópica, que no encuentra pero que sabe de su existencia en alguna parte, y la llama. La primera columna que abre este estudio, del 1 de septiembre de 2000, contiene en su primer párrafo esta apelación: [...] “no veo a nadie escribiendo sesudos artículos sobre la inseguridad existencial que significa vivir bajo un Gobierno entregado a las multinacionales y a las grandes superficies”. [...] “El problema, ahora, es a quién recurrir para que esos pobres empresarios nos devuelvan un dinero que podría invertirse en sanidad, en enseñanza, en educación o en carreteras”. Su título, *Inseguridades*, está planeado para el efecto de las 383 palabras que emplea contra un gobierno que gobierna para los poderosos, según denuncia. Es columna dura, y el Millás melancólico y existencial se convierte en un Millás de afilada pluma con dominio de la paradoja como juicio de estilete: “La ley produce mucha inseguridad jurídica, cada día más”.

También es distinta la forma en la que se dirige al lector en estas columnas cargadas de una no ocultada fobia por la derecha que representa el gobierno. Aquí, Millás trata de usted a su lector y casi le increpa a veces como diciendo, mire, mire lo que pasa, lo que hacen, deténgase, y mire, piense, observe, preocúpese...: “Usted a lo mejor no tiene donde caerse muerto, pero es feliz porque respirar le sale gratis. Pues usted está equivocado porque el Gobierno acaba de descubrir el espacio radioeléctrico y se ha mostrado dispuesto a privatizarlo antes incluso que la Seguridad Social”. (Col. nº 2, 8/9/2000). En realidad, Millás se rebela contra el ansia de la derecha de privatizar los servicios públicos. Denuncia con cierta constancia el empequeñecimiento del Estado, al que considera garante de la igualdad de los ciudadanos, y detesta ese liberalismo de falsa progresía y falsa competencia con el que este gobierno de PP, piensa, pretende engañar a sus ciudadanos. Por eso manifiesta otro carácter en estas columnas, más ácido, con una ironía que la arroja al lector hasta en la última frase, frase que repite a modo de latiguello en varias de sus columnas cuando habla del gobierno: “En cuanto a la gasolina, bajará cuando haya más competencia”.

Pero da la impresión siguiendo sus artículos con la perspectiva del tiempo pasado que Millás se percata de la inconveniencia de ser demasiado insistente y entonces es capaz de dominar su pasión anti-PP durante varias semanas para, tal vez, no agobiar al lector. Cuando

vuelve a ello es para atacar a la camada de intelectuales orgánicos, adictos al poder y serviles del PP: "Sufren, pues, y se preguntan cómo será la vida cuando las cosas cambien, si ahora, que gobiernan los suyos, no logran ser minoritarios y populares, malditos y consagrados, experimentales y decimonónicos, independientes y subvencionados". (Col. nº 15, 8/12/2000)

Millás afila el cuchillo en estas columnas contra el gobierno y lo que representa y de ese modo el corte es más certero, más profundo. Aquí se muestra otra faceta de Millás que no aparece en el anterior grupo de artículos. Es el Millás que ataca, que se enfurece y aprovecha la libertad de expresión de su columna para no ser políticamente correcto:

"A dos semanas de que el Gobierno español y el Papa de Roma se corrieran una orgía milenarista, utilizando a modo de sábana una toga con la que previamente se había limpiado el culo un magistrado, aquí no ha dimitido nadie: ni el Papa, ni el ministro de Justicia, ni siquiera un subsecretario. Es normal, sobre todo si pensamos que este Gobierno había indultado ya, sin que sucediera nada, a Franco, a Fraga, a Cascos, a Rodríguez y a Felipe II. Entre indulto e indulto también echó una mano a Pinochet, pobre, todo dentro de la normalidad más absoluta. Si por algo se ha distinguido Aznar, es por ser un extremista de la normalidad, lo que confirma la antigua intuición literaria de que lo normal es muy raro". (Col., nº 16, 15/12/2000)

Aznar es una fobia auténtica de Millás. No lo disimula pero sí lo dosifica, de modo que evita que se convierta en una obsesión paranoico-temática. Millás es racional y mide sus temas. Pero el nombre de Aznar se repite 32 veces en 62 columnas, lo cual es engañoso como toda estadística porque no habla de él en una sí y en otra no. Lo que ocurre es que cuando habla de la derecha, que es su fobia ideológica, Aznar es la caricatura. Aznar se repite más veces como vocablo que el término realidad, otro de sus preferidos, en un escritor que cuida al máximo que sus palabras no se repitan, que no creen clichés.

La ironía de Millás contra Aznar es verdaderamente sarcástica en muchas ocasiones:

"Estamos impresionados por la biografía lectora de Aznar, pero nos da pena que no se le note. ¿Por qué oculta en el día a día la influencia que los libros han ejercido sobre él? Es como si el pan no se dejara seducir por los beneficios esponjosos de la levadura; como si la flor cerrara violentamente sus pétalos al insecto cuyas patas transportan el polen fecundante. Claro, que debe ser difícil haber leído tanto y vivir rodeado de gente que ha leído tan poco. Quizá en el consejo de ministros, cuando mire de reojo a Cascos, a Villalobos, a Cañete, se sienta un bicho raro. Me pregunto si hay en su entorno una sola persona con la que pueda intercambiar versos y sistemas filosóficos. Qué aislamiento terrible el del poder, sobre todo cuando se ha dedicado la mitad de la vida a la lírica". (Col. nº 26, 23/2/2001)

"Busqué algunos de los libros de cabecera del presidente Aznar, pero ni estaban ni se les esperaba. No sabemos dónde los compra él, aunque quizá, y pese a su política exterminadora, haya quedado alguna librería viva". (Col. nº 62, 31/8/2001)

"Digámoslo rápido: el único heredero viable de Aznar sería aquel que, procediendo

de un desprendimiento de su cuerpo (un pelo del bigote, una escama de la piel, una uña), se regenerara del todo hasta devenir en un Aznar entero. Bipartición se llama este proceso entre los organismos unicelulares. Todos los delfines que carezcan de esta condición acabarán traicionándole, unos por despecho y otros por ambición. Algunos, como Juan José Lucas, le traicionarán para reparar las humillaciones en que incurrieron sin que nadie se las pidiera. No se puede venir de Valladolid a cien por hora, arrojarse al suelo y decir: 'Vengo a incorporarme al proyecto de Aznar que él personalmente representa'. Cuando uno se ha humillado de ese modo, vejando de paso a la democracia y a la gramática, necesita reparar la herida, y la repara ciscándose en el proyecto para el que hizo de felpudo. No lo digo yo, lo dicen los psicólogos". (Col. nº 28, 9/3/2001)

En este grupo de columnas dedicadas a Aznar, su gobierno, el PP y la derecha, Millás no escribe articulentos o artículos narrativo literarios sino que emplea toda la artillería de sus metáforas y analogías, figuras retóricas que domina y cultiva con pericia y arte, al servicio de una argumentación refutativa. Del escándalo Gescartera habla en varias ocasiones con énfasis evidente, pero la frase más lapidaria para denunciar el robo se la pide prestada a John Le Carré: "La magnitud de las ganancias es demasiado grande para dejar la delincuencia en manos de los delincuentes". (Col. nº 51, 6/8/2001)

8.3. Sobre capitalismo, ideologías y democracia

Es verdad que Juan José Millás no se adscribe en sus artículos a partido político alguno, ni siquiera se declara abiertamente de izquierdas, aunque esto se desprenda con meridiana claridad de sus fábulas y parábolas. Juega en el reino de lo implícito y, en ocasiones que considera trascendentes, hace explícita su opinión de modo muy contundente. A veces, muy pocas, advierte de la necesidad de saber distinguir para no ir a la deriva: "[...] Sin puntos cardinales no se puede vivir. Lo primero que aprende un niño cuando se pone de pie es su situación espacial. Si confundes delante y atrás o derecha e izquierda, estás perdido". (Col. nº 62, 31/8/2001)

Juan José Millás no intenta en sus columnas defender sus principios ideológicos a modo de mitin. Se sirve de la crítica, no sólo del gobierno (y de Aznar), capítulo aparte en este estudio, sino de modos de vida que cambian, costumbres que se pierden, detalles de convivencia y de comportamiento a través de los cuales observa cómo el capitalismo cambia a su provechoso antojo, y no para bien precisamente, la vida e incluso los sentimientos de las personas y envenena la convivencia. Arremete contra las fusiones de empresas porque lo entiende como un robo más al ciudadano. Y abomina de ciertos personajes que de la política han pasado a la actuación en las grandes empresas capitalistas:

"Los que no tenemos forma de escapar somos usted y yo, pues la verdad es que nos han rodeado. Retiras tu dinero de un banco porque te trata mal, y al día siguiente se fusiona con la caja de ahorros en cuyos brazos has caído por despecho. Cambias de marca de automóvil porque no estabas satisfecho con el servicio de la antigua, y a la semana de estrenar el coche nuevo la empresa odiada deglute a la que te acababa de

seducir. Decides hacer una inversión en seguridad, separando los circuitos de la electricidad de los conductos del gas, y resulta que tienes a Martín Villa en el sótano de la vivienda enredando por abajo lo que tú desenredas por arriba. Martín Villa hemos dicho, sí: un fontanero del que nada más entrar por la puerta y verle la cara sabes que te va a engañar en el precio, en los materiales o en el tiempo de duración de la chapuza. Dios mío, hemos visto a este hombre disfrazado de todos los oficios posibles, y ahora le han dado licencia para jugar a las fusiones”. (Col. nº 9, 27/10/2000)

En sus columnas Millás no presume de erudición política pero su ideología contraria al liberalismo capitalista la defiende sin tapujos. Prefiere no acudir a referencias intelectualizadas sino que aprovecha los sucesos de la vida política, económica, deportiva, social, cultural y privada para manifestarse. Es curioso comprobar la contención de este escritor en lo que se refiere a la repetición de palabras que podrían identificar sus filias y sus fobias ideológicas. Por ejemplo, la palabra política la utiliza sólo 9 veces a lo largo de las 62 columnas del año analizado. Sin embargo, el término Gobierno lo emplea en 21 ocasiones, tampoco demasiadas para un tema, la gobernación de la derecha, que no sólo le preocupa sino que lo detesta. El apelativo “derecha”, como definición ideológica, aparece 5 veces e “izquierda” una sola vez. La palabra libertad no aparece nunca en sus 62 columnas. Por tanto, nos hallamos ante un columnista que huye de la retórica de partido, de la retórica incluso sesentayochista, y tiene verdadera voluntad de no ser recurrente con términos (derecha, izquierda, libertad) que podríamos calificar como amalgamas conceptuales. Millás lo que hace es definirse a través de sus historias, con moraleja (juicio explícito) o sin ella (juicio implícito). A veces escribe también columnas argumentadas de tono duro en contra de esa derecha que no le gusta. Busca entonces un hecho o asunto que considera significativo. A pesar de su cuidado léxico, hay una palabra que delata una obsesión fóbica porque es la más repetida en todas sus columnas: el apellido del presidente del gobierno español en la actualidad: Aznar. Y el adjetivo que de él ha derivado: “aznaritas”. Millás destila la fobia que siente hacia el personaje político y humano que representa el presidente del Gobierno así como al estilo que ha creado durante los años de su mandato. Aznar es la figura en la que deposita la imagen más detestable de la derecha española y su política general. Millás se refiere a Aznar sobre todo en los siguientes puntos que constituyen ciertas obsesiones ideológicas para el escritor:

8.3.1. Sobre la política del Gobierno, sus corrupciones y la forma de disminuir el concepto de Estado:

“Lo peor, sin embargo, de toda esta historia de la sucesión aznarita es que delata una ausencia de proyecto colectivo que le pone a uno los pelos de punta. Los ministros y ministrables parecen más preocupados por la impenetrabilidad del presidente que por el gobierno de la res publica”. (Col. nº 28, 9/3/2001)

“Aznar (como acaban de demostrar Lucas con sus efusiones locoides y Rato con sus expresiones de despecho) ha establecido con sus colaboradores unos lazos de dependencia infantil que en algún momento le pasarán factura”. (Col. nº 28, 9/3/2001)

“Es como si Aznar, por buscar un ejemplo comparable, se hubiera pasado el día preguntando a los socialistas cuántas veces lo habían hecho, y se negara ahora a investigar cuántos votos se compraron en Baleares cuando gobernaba su partido”. (Col. nº 53, 10/8/2001)

“Silencio, pues. Por estas mismas fechas, me recuerda el fantasma de mi madre, Villalonga se significó en la interpretación de la mente simbólica de Aznar y le cortó la garganta a Julia Otero. Todo el mundo entendió el mensaje: prohibido hablar. El problema de los temperamentos prohibidores es que, cuando ya han prohibido todo, prohíben prohibir por pura inercia y se ahorcan a sí mismos”. (Col. nº 55, 15/8/2001)

“Y Aznar, que es el líder menos querido, gana las elecciones porque cuando zapeas, sea en la tele o en la vida, te quedas en lo que más te repugna para poder decir qué asco, por Dios, qué asco, quita eso”. (Col. nº 57, 20/8/2001)

“Pero es que hasta ahora Aznar decía: ‘Hágase la luz’, y la luz se hacía; ‘desvíense los ríos’, y los ríos se desviaban; ‘privatícese el Estado y créese en el río revuelto consiguiente un grupo mediático adicto a mi persona’, y se privatizaba el Estado, etcétera; ‘glorifíquese al funcionario público que prevarique a mi favor’, y se glorificaba al funcionario público que prevaricaba a su favor... Aznar estaba muy mal acostumbrado, en fin, de modo que un día dijo: ‘Cese con mi Ley de Extranjería el efecto llamada’, y el efecto llamada arreció hasta tal punto que Fernández-Miranda hubo de suspender sus vacaciones para aclarar a la opinión pública que la culpa de todo, como es lógico, era de Felipe González. Comprendemos el desconcierto de Aznar; ahora bien, pasados los primeros instantes, y al ver que la Tierra continuaba rotando ajena a sus órdenes, debería haber hecho algo”. (Col. nº 58, 22/8/2001)

Se observa en Millás una contradicción en su consideración del concepto de Estado. Por un lado, significa para el escritor una apisonadora que puede aplastar al ciudadano. También en esta visión negativa, Estado es un ente que paga a los adeptos del régimen del gobierno. Esto lo utiliza en sus columnas cuando trata sobre esos escritores e intelectuales que se arriñan a la sombra estatal para medrar: “Así que he decidido abominar de los líderes políticos y literarios y económicos y hacerme anarquista, como Sánchez Dragó, que simultanea el odio a las instituciones con tres o cuatro sueldos del Estado, y que acaba de denunciar con conocimiento de causa que los premios literarios están amañados”. (Col. nº 49, 1/8/2001). Pero otras veces el concepto de Estado es para Millás un símbolo plenamente ideológico y lo defiende porque lo considera un garante de igualdad y protección para los seres humanos que viven bajo su paraguas: “Aprovechemos, pues, esta fe en el Estado expresada por un servidor del mismo que no creía en él, y a ver si al Gobierno se le ocurre algo para resolver el problema de la inmigración, que no va a cesar, como no va a cesar la rotación de la Tierra”. (Col. nº 58, 22/8/2001)

Durante el año transcurrido en este estudio, Millás advierte que el Estado disminuye con la política de la derecha gobernante y le aterra pensar que eso provocará el aislamiento ciudadano de la *res publica* y es entonces cuando lo defiende. Ese concepto, Estado, se convierte así en un símbolo ideológico de alto valor simbólico y real, hasta el punto de que podemos

hacer una subclasificación temática derivada de este concepto de Estado y de gobierno y de la importancia que tiene para el columnista J.J. Millás:

“Milagro es que haya aún guardia urbana con esta liquidación por derribo del Estado a la que asistimos indefensos. Han conseguido que no funcione ni Correos, un servicio ejemplar de los de toda la vida”. (Col. nº 54, 13/8/2001)

“A la Audiencia le faltan expertos para investigar el caso *Gescartera*: es evidente el triunfo de la anarquía sobre un Estado agonizante”. (Col. nº 56, 17/8/2001)

8.3.2. Sobre la política de inmigración, uno de los problemas de mayor peso político e ideológico con los que se abrió el nuevo siglo XXI en España:

“Pero lo cierto es que pasados, en parte al menos, los efectos de las drogas, el delirio de haber inaugurado un milenio desaparece o se atenúa de forma considerable. Es evidente que seguimos en el siglo XX, incluso en el XIX. Si me apuran ustedes, diría que ni siquiera hemos abandonado del todo la Edad Media. Abran los ojos, si no, y miren a su alrededor. ¿Han visto la foto de esa furgoneta rebosante de esclavos y esclavas de hasta 13 años arrollada por la Ley de Extranjería en un paso a nivel sin barrera? ¿Han contemplado a Aznar siendo víctima del culto a la personalidad en los telediarios? ¿Se han fijado en la mirada mezquina de Bush sobre un mundo que no conoce ni por las guías de viaje?” (Col. nº 19, 5/1/2001)

“Aznar hizo lo que tenía que hacer cuando prohibió la existencia de la inmigración (a otros les da por prohibir la rotación de la Tierra: por probar, oye, que no quede). Si la inmigración se resiste, la culpa es de ella, no del Gobierno. De todos modos, los sin papeles deberían saber que el desconocimiento de las leyes no exime de su cumplimiento, y que lo lógico es que se volatilizaran”. (Col. nº 58, 22/8/2001)

8.3.3. Sobre el problema sanitario y ecológico de las “vacas locas”, con gran repercusión en la opinión pública de finales del año 2000 y comienzos del 2001:

“Y me puse manos a la obra, hasta que la ministra de Sanidad dijo que la columna vertebral era muy peligrosa. Así que prohibieron la columna vertebral casi al mismo tiempo que el cerebro. Descerebrados y desvertebrados, pues, vimos la entrevista que se hizo a sí mismo Aznar en Antena 3 y nos gustó mucho. Alguna ventaja teníamos que tener”. (Col. nº 20, 12/1/2001)

8.3.4. Sobre la política y realidad cultural.

Este es un tema recurrente en Millás, le importa, le lacera incluso. Aznar es para el columnista la representación de esa mediocridad absoluta que denuncia en la derecha española:

“Siempre ha habido escritores empeñados en ligar la suerte de su escritura a la coyuntura política. El problema es que una vez que logran situarse y viajar a cuenta del erario público se sienten vacíos y piden más. Quieren ser a la vez subvencionados e independientes, minoritarios y populares, malditos y consagrados, experimentales y

decimonónicos. Algunos de esos escritores no comprenden por qué ellos no se benefician, como Norma Duval o Pedro Ruiz, de la mayoría absoluta de Aznar. Si el PP ha tenido diez millones de votos, cómo es posible que ellos no tengan diez millones de lectores. Sufren, pues, y se preguntan cómo será la vida cuando las cosas cambien, si ahora, que gobiernan los suyos, no logran ser minoritarios y populares, malditos y consagrados, experimentales y decimonónicos, independientes y subvencionados”. (Col. nº 15, 8/12/2000)

“Estamos impresionados por la biografía lectora de Aznar, pero nos da pena que no se le note. ¿Por qué oculta en el día a día la influencia que los libros han ejercido sobre él? Es como si el pan no se dejara seducir por los beneficios esponjosos de la levadura; como si la flor cerrara violentamente sus pétalos al insecto cuyas patas transportan el polen fecundante. Claro, que debe ser difícil haber leído tanto y vivir rodeado de gente que ha leído tan poco. Quizá en el consejo de ministros, cuando mire de reojo a Cascos, a Villalobos, a Cañete, se sienta un bicho raro. Me pregunto si hay en su entorno una sola persona con la que pueda intercambiar versos y sistemas filosóficos. Qué aislamiento terrible el del poder, sobre todo cuando se ha dedicado la mitad de la vida a la lírica”. (Col. nº 26, 23/2/2001)

“En el Gobierno hay mucha gente que tiene fincas, pero muy pocas, por no decir ninguno, tienen libros. Tal vez por eso Aznar entiende que las fronteras de la propiedad privada coinciden con el muro del jardín o con los límites de la cuenta corriente”. (Col. nº 36, 4/5/2001)

“Aunque hay dos modos de ganar el Cervantes: cagarte en él o llamar hombre de Estado a Aznar. No sé cuál elegir. En todo caso, conste que, aunque soy anarquista, eso no quita para reconocer que el último libro de Ana Botella es de un rigor intelectual alucinante. Por cierto, que el periodismo ha muerto (a ver si los jóvenes se desaniman y estudian otra cosa, que cada vez hay más competencia)”. (Col. nº 49, 1/8/2001)

“Abajo el Estado, pues; de acuerdo, todos anarquistas, como los intelectuales orgánicos de Aznar, pero no nos hagan creer (con la que está cayendo) que Cotino tiene una policía científica, porque es como afirmar que Gil y Gil dirige una galería de arte”. (Col. nº 54, 13/8/2001)

“Busqué algunos de los libros de cabecera del presidente Aznar, pero ni estaban ni se les esperaba. No sabemos dónde los compra él, aunque quizá, y pese a su política exterminadora, haya quedado alguna librería viva”. (Col. nº 62, 31/8/2001)

8.3.5. Sobre el terrorismo:

Es el problema político y sociológico recurrente en España, no resuelto, y con el que se tapan en muchas ocasiones otros problemas de hondo calado social. En este caso lo que más llama la atención es la ausencia léxica absolutamente inesperable en un columnista de la prensa española: Millás no utiliza la palabra terrorismo ni el nombre de ETA. Ni siquiera el gentilicio “vasco” en ninguna de esas sus 62 columnas que atravesaron la línea entre siglos. Es raro. Y, por eso mismo, es lógico conjeturar que esta ausencia no es casual sino muy premeditada. Cuando se refiere al asunto del terror de ETA, Millás habla íntimamente, a veces

con melancolía, tal vez por cierta desesperanza, a un lector que presupone va a entenderle. El terrorismo es una realidad no nombrada que envuelve su discurso como la invisible atmósfera de lo implícito. En la siguiente columna Millás reflexiona sobre *lo raro*, así se titula el artículo, que es vivir en las condiciones que imponen los violentos:

“Lo raro sólo debe actuar en el ámbito de las situaciones excepcionales, incluso como tema de conversación. Y no podemos aceptar como normal que un ser humano tenga que llevar detrás de sí a otro que le proteja de la agresión de un tercero. Se mire por donde se mire, es una locura. Ahora bien, si por unas circunstancias equis no hay más remedio que los banqueros y los ministros lleven escolta, lo aceptaremos, pero como algo singular y con la idea utópica de suprimir este servicio cuando los banqueros y los ministros desaparezcan por causas naturales”.

“Dicho esto, he de añadir que vivo en un país donde no es tan difícil ver con escolta a poetas, filósofos, catedráticos y artistas plásticos. Y la llevan porque corren peligro sin ser banqueros ni ministros. “Usted vive en un país absurdo”, me podrían decir si comentara esto en Marte. Pues, efectivamente, vivo en un país absurdo. ¿O seríamos capaces de imaginar a Pessoa escribiendo un poema con un vigilante de Prosegur a cada lado? ¿A Descartes protegido por la policía secreta? ¿A Proust vigilado de cerca por un detective con pistola debajo del sobaco? El problema es que sí, que estamos ya en disposición de imaginar un mundo en el que hasta los gorriones necesitarán guardaespaldas para gorjear sin agobios. Por eso hay que insistir en que todo esto, aunque sea habitual, es raro”. (Col. nº 5, 29/9/2000)

Cuando en noviembre de 2000, ETA asesinó al ex ministro socialista Ernest Lluch, mucha prensa, y desde luego *El País*, periódico en el que publica Millás, se volcó en la información del triste suceso enfocándolo como un peldaño más de la realidad criminal que sufre la nación. Juan José Millás también recordó a Lluch, pero eligió su tono intimista y melancólico, dejó a un lado la ironía y sus juegos ingeniosos, y construyó una analogía muy hábil – *Catatonía* se titulaba esta columna – para evitar, como acostumbra, mencionar a la banda asesina y la palabra terrorismo:

“Algunos dejamos de llorar a una edad tempranísima no porque no tuviéramos motivos de queja, sino por miedo a encanarnos. Cierta vez, en uno de estos ataques, al correr de una esquina a otra de la habitación de mis padres agitando la caja torácica para provocar el movimiento, tropecé con el espejo del armario y vi tanto pánico en mis ojos que me juré no volver a llorar. Y creo que no lloré más, al menos con la violencia a la que tienen derecho los niños pequeños. Tampoco volví a dormir tranquilo después de uno de estos ataques de catatonía mencionados en el primer párrafo. Dirán ustedes, con toda la razón, que qué vida la mía”.

“Qué vida la nuestra, les diría yo. Llevo dos días leyendo todo lo que se escribe sobre Ernest Lluch. Dos días escuchando cuanto se dice de él. Dos días de catatonía, podríamos afirmar, aunque encanados llevamos muchos meses. Pones la radio y oyes con terror a una sociedad entera encanada. Te asomas a la televisión y ves que pese a los golpes en la espalda el aire no acaba de entrar en los pulmones. La catatonía y la falta de respiración son, por separado, horribles, pero juntas resultan insoportables. Hagan

algo". (Col. n^o 13, 24/11/2000)

Otra de sus escasas columnas dedicadas al problema de la violencia terrorista, no nombrada y sí parece que sentida hondamente, es la titulada *Una contradicción en los términos*. En ella quiere entender sin conseguirlo cómo puede haber ser humano capaz de atentar contra la vida de un niño con un juguete bomba. Es un suceso que a Millás le conmovió y a él dedica parte de su columna a pesar de su voluntario alejamiento de este tema:

"Aunque para contradicción en los términos, Dios mío, la de esa otra expresión: juguete bomba. ¿Cómo es posible conciliar dos términos antagónicos de ese calibre? Cuando esta mezcla explosiva de palabras, que ha arrancado los ojos a un bebé y ha matado a su abuela, nos estalló en el rostro al abrir el periódico, agosto comenzó a cerrarse por defunción, gimiendo como las bisagras de un ataúd. Agosto no había estado a su altura, pues, qué le vamos a hacer. Ahora, para que nuestra perplejidad esté al menos a la altura de las circunstancias, imaginemos el gesto de ese individuo que pretendiendo alcanzar la cumbre del pensamiento terrorista (otra contradicción en los términos) desarmaba un juguete e introducía en él con emoción una caja de pólvora prensada. Ese sujeto ha llegado a lo más alto que puede llegar un fanático. Quizá haya estado por fin a su nivel. Enhorabuena. Ojalá que ahora sienta los remordimientos de quienes al conseguir lo que más deseaban comienzan a declinar. Deseamos a ese genio del terror, capaz de conciliar sustantivos incompatibles como juguete y bomba, que los ojos de Jokín, convertidos ya en dos agujeros de pánico, no dejen de mirarle el resto de su vida". (Col. n^o 59, 24/8/2001)

Del mismo modo que Millás se abstiene de hablar del terrorismo etarra, y de cualquier otro terrorismo, tampoco menciona en sus columnas la política del gobierno respecto a este asunto principal en los medios de comunicación. Durante el año que comprende este análisis de Millás (finalizó diez días antes del 11/S), hubo en España debates y controversias acerca de la conveniencia o no de una política de pacto, no tanto con los terroristas —que tiene sus defensores, aunque menos jaleados por los medios de comunicación— como el pacto entendido entre las distintas representaciones de los partidos políticos para lograr una unidad de acción frente a la violencia. Pocos columnistas españoles dejaron de hablar de ello. Juan José Millás lo hizo, pero de un modo tan ambiguo que en realidad no se sabe muy bien de qué está hablando en su columna titulada "Pactar". El tono es casi didáctico pero también pretendidamente pueril. No dice nada original, ni siquiera sus analogías recurrentes son originales porque lo que no tienen es lógica. Esta es una de las columnas más pobres de Millás, escrita sin ganas, sin claridad, con demasiada cautela, con un ejercicio de autocensura que no se sabe quién se lo ha exigido —si es que hubiera sido así—. Tiene, además, un tono moralizador que no es frecuente en el escritor. El mensaje queda diluido en la conseja final, demasiado vulgar y carente de sentido. Es una demostración, en todo caso, de que un columnista sólo debe escribir de lo que quiere y puede escribir y evitar estas divagaciones con las que habrá querido, muy probablemente, contentar a alguien:

"Tú mismo, hablando con tu hermano, te habrás preguntado muchas veces si tuvis-

teis el mismo padre, pues parece que no, que el suyo y el tuyo, pese a ser el mismo, fueron, oyéndoos hablar, distintos. Y es que en un padre caben muchos padres también, igual que en un individuo caben cien. Si es imposible, pues, ponerse de acuerdo sobre la novela familiar, cómo vamos a ponernos de acuerdo sobre la dinastía de los Austrias. No sabemos quién es nuestro padre y pretendemos saber quién fue Felipe II, además de un psicópata. Estos desacuerdos fundamentales no impiden, sin embargo, que las familias sigan siendo familias ni que se reúnan a comer el día de Navidad. Y es que por debajo de las diferencias hay algo intangible que nos une. A veces se da la circunstancia de que familias españolas, incluso españolistas, comen ese día tan señalado en un restaurante chino, ya ves tú. Eso es porque hay una fuerza capaz de congregarnos: a lo mejor, una fuerza económica, porque los chinos son más baratos que los gallegos”.

“Es justo en el momento de aceptar que no tenemos el mismo padre ni la misma historia ni las mismas ideas; en el momento de admitir que uno mismo es a la vez el vecino de enfrente, cuando surge con fuerza la impresión de que algo había en aquel padre que era común a todos los hermanos y en aquel país que era común a todos sus habitantes. Quiere decirse que conviene pactar, o intentarlo al menos, porque por alguna razón absurda sigue valiendo la pena comer juntos una vez al año, aunque sea en un chino”. (Col. n.º 12, 17/11/2000)

Llaman mucho la atención los silencios recurrentes tan estratégicos de Juan José Millás. No es un reproche en absoluto pero cuesta trabajo creer que no haya detrás un férreo voluntarismo de no nombrar lo que no quiere nombrar. Nunca aparecen estas palabras en sus columnas: vasco, terrorista, terrorismo, nacionalista, nacionalismo, ETA. En España estos vocablos se usan con mucha frecuencia, a veces irritante frecuencia, porque llevan muerte y la explican. No se extraerán conclusiones conjeturales en este trabajo, pero esa renuncia léxica por parte de Millás habrá quien la interprete como miedo no vencido, cobardía, o connivencia en el peor de los casos. O, en el mejor, compromiso de no dar más voz a los pregoneros de la muerte y a sus verdugos. Y, en medio, tal vez se niegue a seguir un “juego” político que consistiría en la utilización del terrorismo para silenciar o tapar cuestiones políticas y sociales que no interesa debatir, algo así como una artimaña de distracción ideológica. Pero Millás tampoco quiere hablar. Tal vez el silencio estratégico que este columnista practica no sea tan eficaz como intenta y suponga, paradójicamente, una trampa antidialéctica que él mismo se ha construido.

8.3.6. Sobre el sistema capitalista:

Es curioso resaltar que Juan José Millás no utiliza ni una sola vez la palabra “capitalismo”, otra ausencia léxica. Sin embargo, muchas de sus columnas están concebidas como una gran crítica del modelo de vida y de los valores de las sociedades capitalistas. Ante este tema, Millás se expresa ideológicamente por medio de sus analogías. Es como si no fuera capaz de hacerlo de otro modo o como si no quisiera. Así no tiene por qué utilizar un lenguaje que le resulta ajeno o que prefiere prescindir de él: el lenguaje de las palabras políticas, de los mítines, las palabras de los políticos profesionales o vocacionales. No es su lenguaje. Millás habla con

sus ejemplos analógicos, su gran argumento inductivo, que quieren expresarlo todo evitando los términos del reino ideológico:

“La competitividad ha acabado, paradójicamente, con el servicio de postventa. Ahora las empresas rivalizan por ver quien trata peor al cliente tras el coito. Con ello, ha desaparecido también la pequeña venganza de cambiar de proveedor, puesto que todos los bancos te tratan igual de mal; todas las compañías telefónicas te dejan tirado una vez que firmas el contrato; todas las empresas aéreas se lavan las manos después de haberte vendido el billete. A lo más que puedes aspirar, si la marca que te ha estafado tiene un logotipo grande en su fachada, es a descargar tu ira en una línea 902, donde se concentra lo que pomposamente llaman la Atención al Cliente”. (Col. nº 4, 22/9/2000)

Dentro de este epígrafe hay que resaltar una columna de Millás dedicada a un anuncio publicitario. Es para él un símbolo del sistema neoliberal, una imagen de su perversión. La columna se titula *La muerta*:

“En el anuncio a doble página que tengo delante, aparece, en la de la derecha, el automóvil de cuerpo entero, con un texto que dice: ‘Pura provocación’. En la página izquierda vemos a una mujer dentro del coche, con la ventanilla bajada. Está lloviendo, pues se aprecian unos puntos brillantes sobre la carrocería. Pero lo sorprendente es que la mujer es un cadáver. Y aunque te das cuenta enseguida del detalle (Dios mío, está muerta), pasas la página reprimiendo el descubrimiento, es decir, enviándolo al subconsciente, donde trabajará a su antojo. El cadáver ha sido embalsamado con los ojos abiertos y tiene la mirada perdida. La difunta es de clase alta, y lleva un impermeable parecido al de la replicante de Blade Runner que muere en medio de la calle, bajo la lluvia”.

“¿Por qué se anuncia un coche con el cadáver de una mujer dentro? En otro tiempo, los cadáveres se llevaban en el maletero y el asesino se exponía a que la policía lo descubriera en un registro rutinario. Esas eran las reglas del juego. Hay que ser muy osado para maquillar a una muerta y pasarla a la vista del público. Hay que ser muy osado o muy perverso. Y hay que estar convencido además de que tu perversión va a conectar con la del público masculino, que correrá a adquirir el PT Cruiser para realizar su sueño de viajar con una muerta al lado. ¿Puede saberse qué nos pasa?” (Col. nº 29, 16/3/2001)

8.3.7. Sobre la globalización:

No acostumbra Millás a ser analítico en sus columnas. Precisamente por su huida calculada del análisis de la realidad al modo convencional es sumamente llamativo cuando prefiere acudir a esta técnica racional para hablar de la globalización, concepto que le parece una de las mayores perversiones del sistema neo-liberal. Es en su columna titulada *Oración a San Judas Tadeo* donde despliega una estructura analítica que trata de evitar en la mayoría de sus otras columnas:

“Más cosas: el 61% de los españoles desconfía de los alimentos que compra: por eso aumenta la anorexia. El porcentaje de mujeres desempleadas es el doble que el de los hombres: prevalece la discriminación. La temporalidad alcanza al 31,5% de los traba-

jadores: se forran las ETT. Pero lo mejor de todo es que una ONG ha entrado en el accionariado de Zara para intervenir en la junta de accionistas y conocer las condiciones laborales de los obreros que trabajan para la firma aquí o en Singapur: han perdido los sindicatos por uno a cero, aunque si no mejoran sus reflejos pueden acabar de jarrón del sistema o guinda del pastel. Parece mentira que no hayan sido los primeros en enarbolarse la bandera del comercio justo, que es el modo más eficaz de defender los derechos de los trabajadores. Ya sé que estamos en agosto y que hay que escribir cosas refrescantes. Yo les escribiré cosas refrescantes si ustedes leen en familia *No Logo*, el libro de Naomi Klein (Paidós) en el que se explica todo lo que usted quería saber sobre la globalización y no se había atrevido a preguntar”.

“Además, leyendo *No Logo*, comprenderá por qué su hijo adolescente empieza a rechazar las zapatillas de marca y las camisas de marca y los pantalones de marca. ‘A medida que los secretos que yacen detrás de la red mundial de las marcas’, dice Naomi Klein, ‘sean conocidos por una cantidad cada vez mayor de personas, su exasperación provocará la gran conmoción política del futuro, que consistirá en una vasta ola de rechazo frontal a las empresas transnacionales, y especialmente aquellas cuyas marcas son más conocidas’. Hay en la tele un anuncio antidroga que viene al caso: un joven esnifa en su habitación una raya de cocaína y su madre, que se encuentra en la cocina, empieza a sangrar por la nariz. Tú te pones unas deportivas cosidas a mano en el vestuario del gimnasio, y a alguien, en Yakarta, comienzan a sangrarle las yemas de los dedos. No esperes a que sea demasiado tarde. Puedes enterarte ahora”.

“Puedes enterarte ahora de que las grandes empresas ya no producen cosas, sino marcas. Una vez institucionalizada la marca, colocas bajo su protección lo que te dé la gana, sea lencería para seducir o relojes para corromper. Y no necesitas máquinas, ni plantillas, ni naves industriales, no necesitas, si exceptuamos el *logo*, absolutamente nada: para eso se ha inventado la deslocalización, que es el paroxismo de la subcontrata. Si sabes lo que quieren decir los términos paroxismo y subcontrata, sabrás lo que significa deslocalización, aunque no venga en el diccionario. Si posees una marca, en resumen, puedes tener hasta una compañía de aviación sin aviones: Spanair había alquilado a un tercero esa bañera de mierda en la que 300 pasajeros fueron obligados a chapotear desde la República Dominicana hasta Madrid”.

“La oposición a las multinacionales, en fin, será la bandera de la próxima generación de rebeldes”. (Col. nº 56, 17/8/2001)

8.3.8. Sobre la politización de la literatura:

Este es un asunto que preocupa y enoja a Millás. Recurre a sus parábolas en las que mezcla realidad y ficción, pero el tono es frío e incisivo. Cuando el escritor tiene este sentimiento de indignación por la condición humana, es más propenso a ciertas sentencias categóricas, como la que cierra esta columna titulada *Complejo de inferioridad*:

“Dejé de escribir novelas cuando mi maestro, Eduardo Mendoza, anunció la muerte del género, aunque él desde entonces las escribe a dos manos. Triunfó este invierno con *La aventura del tocador de señoras*, y se va a llevar el gato al agua este verano con *El último trayecto de Horacio Dos*. De modo que por la noche se me apareció mi madre en

sueños y me dijo lo de siempre: que soy muy influenciable. Hago caso a los cabecillas y luego me dejan tirado”.

“- Acuérdate de la universidad. Abandonaste la carrera a medias porque los líderes estudiantiles decían que la universidad franquista era una mierda, y hoy son todos catedráticos o profesores titulares, con un sueldo fijo y vacaciones en agosto. Idiota, que eres un idiota. ¿No ves que el tal Mendoza quiere que os retiréis todos para no tener competencia?”

“Sólo me llamó idiota dos veces porque mi madre ignora lo de Cela, que dijo que el Cervantes era un premio lleno de mierda (como la universidad franquista), y al año siguiente lo aceptó sin vomitar. Pero ya verán cómo en su biografía no pone que recibió una caca, sino que recibió el Cervantes, a secas. Las personas sin complejos son revolucionarias en las declaraciones, pero conservadoras en los hechos”. (Col. nº 49, 1/8/2001)

8.3.9. Sobre la Iglesia católica:

Juan José Millás no nombra en exceso a la Iglesia de Roma como institución pero es muy significativo cuando lo hace porque la enlaza con los peores asuntos de corrupción de los que tenemos memoria y noticia por los medios de comunicación. En las columnas de Millás, la Iglesia aparece siempre al lado de corruptos, psicópatas torturadores, estafadores, y como institución cree que ejerce la hipocresía más descarada. En este primer ejemplo, Millás justifica su columna, titulada “Lógico”, en unas declaraciones del ex dictador argentino general Videla, un hombre que, por otra parte, vive muy apegado a la Iglesia:

“Se mueve entre los silogismos con la misma naturalidad que entre los cadáveres despiezados, asegurando que se puede violar y comulgar a diario sin problemas porque la Iglesia y el Estado nos exigen deberes diferentes. Está más claro que el agua. A la Iglesia tampoco se le ha ocurrido excomulgarle, porque eso sería meterse en política. Lógico”. (Col. nº 27, 2/3/2001)

En su columna *¿En qué postura lo hace Milingo?*, Millás se refiere a la noticia del obispo africano Emmanuel Milingo, invitado por el Papa a Castelgandolfo en el verano de 2001 para olvidar el traspie de su prohibido matrimonio. Millás se ceba con sarcasmo en este asunto y recuerda sin nombrarlo el también reciente escándalo alumbrado por la prensa norteamericana primero, después por la europea, de los abusos sexuales cometidos por clérigos y ocultados por la institución eclesial sistemáticamente. Pero, ya puestos, Millás no resiste la tentación de incluir en esta y en sucesivas columnas a su particular demonio Aznar, en una amalgama muy llamativa por su intención y síntesis que acaba en Gescartera, escándalo financiero en el que también estuvo involucrada la Iglesia en España. Es decir, Millás cuando cita a la Iglesia la relaciona de inmediato con la derecha y con lo peor de esa derecha:

“A Milingo, en cambio, no le han preguntado cuántas veces lo hace, ni en qué posturas (lo de las posturas me mataba, porque yo sólo conocía una), sino que le invitan a Castelgandolfo para negociar y de momento ya le han levantado el ultimátum.

Incoherencias de semejante calibre son las que hacen perder la fe en las instituciones. Me parece fatal que la Iglesia se ensañe con adolescentes llenos de granos y de miedos, mientras se sienta a tomar el té con un obispo sinvergüenza, que no sólo vive amancebado (y en pecado mortal: si esta noche se muere, va al infierno), sino que lleva a cabo actos satánicos y sana a los enfermos con la sangre de una gallina”.

“Es como si Aznar, por buscar un ejemplo comparable, se hubiera pasado el día preguntando a los socialistas cuántas veces lo habían hecho, y se negara ahora a investigar cuántos votos se compraron en Baleares cuando gobernaba su partido. Sabemos que no, que él no es así, pero hagamos un ejercicio de imaginación, no tanto para aclarar la situación política, que a quién le importa, como para comprender a ese pobre adolescente que ahora mismo, con el bulbo raquídeo hecho polvo, se encuentra de rodillas en un confesionario, frente a un cura que no hace más que preguntarle cuántas veces, cuántas veces, cuántas veces (o en qué postura, en qué postura, en qué postura), mientras el Papa se toma un refresco de cola con Milingo y llegan a acuerdos respecto a las posturas y las veces”.

“Sería también como si Aznar, Dios no lo quiera, se negara a investigar a fondo lo de Gescartera. Pero no: es un hombre consecuente y hará lo que deba, teniendo en cuenta desde luego que no se puede acometer la limpieza de una fosa séptica sin medidas de autoprotección. Duerman tranquilos Rato y Montoro y Trillo y Pilar Valiente, que ya buscaremos el modo de que los gases no les lleguen”. (Col. nº 53, 10/8/2001)

“En cuanto a la Iglesia, que se significó invirtiendo en renta variable, donde no sabes si compras matildes o preservativos, permanece afásica total”. (Col. nº 55, 15/8/2001)

“Y bien, es cierto: Milingo se ha deshecho cruelmente de su esposa y ha vuelto al seno de la Iglesia. Cabe preguntarse si ha triunfado el sexo o el amor, pero se trata de una pregunta retórica: ha triunfado el sexo. Astiz ha salido de prisión porque un crimen cometido en Argentina no es un crimen. Cabe preguntarse si ha triunfado la justicia o la barbarie, pero se trata de una pregunta retórica: ha triunfado la barbarie. El PP ha caído con armas y bagajes a los pies de Ramallo. Cabe preguntarse si ha triunfado la industria relojera o la textil, pero se trata de una pregunta retórica: han triunfado las mantas. A la Audiencia le faltan expertos para investigar el caso Gescartera: es evidente el triunfo de la anarquía sobre un Estado agonizante”. (Col. nº 56, 17/8/2001)

8.3.10. Sobre el presidente de Estados Unidos, George Bush:

No es tan importante en este caso el número de veces que el nombre de Bush aparece en las columnas de Millás como el contexto en el que lo utiliza y el desprecio que siente hacia este personaje político representante de una ideología y de un carácter que detesta el escritor, como hemos visto hasta ahora. Millás no opinó sobre el presidente norteamericano en plena ebullición de las elecciones en EE.UU. (noviembre-diciembre de 2000). Pero en enero de 2001 hizo su primer comentario despectivo hacia Bush uniéndolo al nombre de Aznar, no por casualidad. Es el propio Millás quien no cree en las casualidades más bien tiene una mente con cierta base psicoanalítica en este aspecto de la realidad. Así, la primera referencia hacia Bush tiene su sitio en una analogía creada por cercanía gramatical con el presidente Aznar:

“¿Han contemplado a Aznar siendo víctima del culto a la personalidad en los telediarios? ¿Se han fijado en la mirada mezquina de Bush sobre un mundo que no conoce ni por las guías de viaje?” (Col. nº 19, 5/1/2001)

Los demás momentos en los que aparece Bush en las columnas de Millás corresponden a situaciones que aprovecha el escritor para cargar su arsenal retórico, durísimo, en contra de la figura del presidente de Estados Unidos, de lo que representa, y unido a otros nombres, tampoco casualmente, como Ana Botella, Berlusconi y Julia García Valdecasas (delegada del gobierno de Aznar en Cataluña). El ataque es emocional, indignado, antibelicista, corrosivo, como vemos en diferentes artículos:

“No teníamos bastante con Bush y parió la abuela. La cosa está que arde, en fin”. (Col. nº 25, 16/2/2001)

“Pero explícame, sobre todo, cómo es posible que haya muerto la novela, que no se metía con nadie, y sigan vigentes Bush y Ana Botella, que son una peste. ¿Por qué los gustos literarios evolucionan tanto y los políticos tan poco?” (Col. nº 46, 13/7/2001)

“Dice Bush que la planificación familiar sale muy cara y que hay que promover la abstinencia. Para él es fácil predicar la contención sexual porque se desahoga (o sublima, depende del punto de vista) expeliendo por doquier misiles fálicos. Además, cuando hace turismo en Génova, su camarada Berlusconi le prepara unas orgías de sangre y bragas desgarradas que ni el marqués de Sade. Es muy fácil recomendar la castidad cuando tú te pasas el día jodiendo. Y no es que no estemos acostumbrados a que la gente diga una cosa y haga otra, pero lo de Bush es de libro. Todos tenemos fantasías sexuales, de acuerdo. ¿Quién no ha imaginado que eyacula desde una nube y ahoga con su semen a una nación entera? El problema no es tener la fantasía; el problema es llevarla a cabo. Todo se puede pensar, pero no todo se puede hacer. Pues bien, Bush ha inventado un avión precoz, con la forma de su pilula, que llega en cuestión de minutos a Australia y la arrasa desde cien kilómetros de altura con una sola deyección. Así guarda la abstinencia cualquiera. ¿Pero quién puede gastarse esas fortunas en colocar fuera las guarrerías que lleva en la cabeza? Bush tiene el problema eterno de los niños de papá. Le dieron todos los caprichos. ¿Que quería una silla eléctrica? Una silla eléctrica. ¿Que se le antojaba una cámara de gas? Una cámara de gas. ¿Qué prefería un reo negro? Un reo negro antes de que lllore. Ahora un hispano, ahora un chino... Mamá y papá le daban todo, en fin, con tal de que no se masturbara, y ya no se queda satisfecho (o no sublima) con ejecuciones individuales. Ahora quiere instrumentos de tortura a gran escala. No se engañen ustedes: la abstinencia, al final, sale más cara que una vida sexual normal, incluso que una vida sexual sana, en plan López Ibor. Calculen lo que cuesta un preservativo, compárenlo con el precio de un misil, y enseguida se darán cuenta de que Bush no predica la abstinencia por ahorrar, sino por vicio. [...] Vean, si no: el 60% de los encuestados asegura que los hombres no deben llorar. Personalmente he conocido a hombres que no lloraban, pero todos encontraban placer en hacer llorar a las mujeres, o a otros hombres. Bush no llora, porque no es de vaqueros, pero medio planeta gime por su culpa. Bush, de pequeño, tenía fantasías sexuales con las encuestadoras, pero sus papás no le permitían establecer relaciones sexuales con ellas; sólo ejecutarlas. Qué mundo”. (Col. nº 50, 3/8/2001)

“Pongamos el caso de Julia García Valdecasas, la delegada del Gobierno en Cataluña:

casi seguro que prefiere el erotismo a la pornografía, sin embargo sólo sale en los papeles por excesos venéreos espeluznantes (parece que los vídeos de la caza del negro, por citar su última hazaña sexual, han empezado a circular en las páginas de porno duro de Internet junto a las ejecuciones de las minorías étnicas de Bush). A ella le gustaría excitarse con otras cosas, pero la bestia que lleva fuera no se lo permite". (Col. nº 57, 20/8/2001)

8.4. Sobre la literatura y el oficio de escribir

Juan José Millás es un escritor y esa actividad profesional y existencial aparece en sus columnas en multitud de referencias. No lo oculta aunque es verdad que tampoco presume de ello. Es simplemente su realidad. Pero, sin embargo, la literatura es un tema que le preocupa, le fascina, le provoca emociones de todo tipo y forma parte de su vida indiscutiblemente. Millás ha dedicado en un año 7 columnas a escribir sobre la literatura. En ellas se expresa el Millás más emocionado, más "tocado" por la realidad de su pasión. Por eso, tal vez pueda afirmarse con cierta seguridad que estas columnas dedicadas al oficio de escribir y al concepto de lo literario son las más ricas y personales del autor. En ellas recurre a todas sus estrategias discursivas, excepto al personaje del ama de casa. Son los artículos en los que podemos ver más claramente a Juan José Millás, escritor.

La primera columna en la que trata sobre lo literario aprovecha el escándalo mediático que cundió en octubre de 2000 cuando se supo por la prensa el plagio cometido por Ana Rosa Quintana en una novela que acababa de publicar y de vender masivamente en todo el país (había páginas calcadas de una novela de Danielle Steel). El escándalo se produjo precisamente porque la supuesta escritora era una conocida presentadora de televisión y asidua su presencia en las revistas del corazón. Millás aprovechó el asunto en su columna *El Plagio*, no para echar leña al fuego mediático, sino para reflexionar sobre qué es escribir y qué es no escribir:

"En un plagio inconsciente como el que nos ocupa no se habrían utilizado las mismas palabras del texto fusilado porque nadie en su sano juicio es capaz de aprenderse de memoria a Danielle Steel, que no es Shakespeare. Lo de Ana Rosa es, pues, un plagio consciente, un calco que ningún escritor se habría atrevido a perpetrar con tanta insolencia. Eso sólo lo hace el negro que recibe poco dinero y ninguna gloria por el trabajo que lleva a cabo para otro. El negro desarrolla hacia el firmante un rencor legítimo que le impulsa a llenar el texto de trampas. Después de todo, él no tendrá que dar la cara cuando se descubra el pastel. Por eso decíamos que la duda no es si Ana Rosa ha plagiado, sino si ha escrito" (Col. nº 7, 13/10/2000)

Millás exhibe en otra columna su pasión literaria gracias a una noticia que al hombre corriente que pretende ser no le hubiera suscitado la reflexión emocionada que a él le produjo. Millás lee en el texto de una crónica del periódico la nota encontrada en el cadáver de uno de los tripulantes del hundido submarino ruso *Kursk*, un accidente que costó la vida a todos sus marinos, más de 200. Esa nota del tripulante muerto era concisa, precisa y clara. Y, como a

Sthendal también le hubiera ocurrido, esta exactitud en el uso del lenguaje provocó en Millás una de sus mejores y más sinceras columnas que merece ser reproducida completa. Supone una reflexión sobre la literatura muy sintética y certera. Está llena de esa clase de verdad que a veces acude a la mente humana tras una fuerte impresión ética y estética. Su título, *Escribir*:

“ ‘13.15. Todos los tripulantes de los compartimientos sexto, séptimo y octavo pasaron al noveno. Hay 23 personas aquí. Tomamos esta decisión como consecuencia del accidente. Ninguno de nosotros puede subir a la superficie. Escribo a ciegas’. Estas palabras, escritas por un oficial del Kursk en un pedazo de papel, tienen la turbadora exactitud que pedimos a un texto literario. El autor está rodeado de bocas que exhalan un pánico que ni siquiera nombra. Él mismo debe de encontrarse al borde de la desesperación, pero no tiene tiempo ni papel para recrearse en la suerte. Ha de hacer, pues, una selección rigurosa de los materiales narrativos, y el resultado es esa obra maestra en la que, sin embargo, sólo cuenta aquello a lo que se puede asignar un número: la hora y la cantidad de hombres. En situaciones extremas, la literatura sale a presión, como por la grieta de una tubería reventada. El documento del oficial del Kursk es bueno porque es necesario. Mientras la muerte trepaba por sus piernas, ese hombre se entregó con fría vehemencia a la literatura. Y de qué modo”.

“Naturalmente, lo que no dice ocupa más de lo que dice, pero lo ausente ha de aportar el lector, que es tan responsable de lo que lee como el escritor de lo que escribe. Sería absurdo comenzar una novela afirmando de un frutero que es bípedo. El lector tiene la obligación de saber que los fruteros son bípedos y que están dotados de cuatro extremidades con cinco dedos en cada una de ellas. Sin estos sobreentendidos primordiales, la escritura resultaría imposible”.

“Lo curioso es que un billete con cuatro líneas aparecido en el bolsillo de un cadáver responda de súbito a la vieja pregunta de para qué sirve la literatura. Sirve para contarlo. Todos aquellos que aspiran a escribir deberían recitar el texto del Kursk como una oración. Ser escritor, al menos cierto tipo de escritor, significa vivir rodeado de pánico percibiendo a tu alrededor bultos que pasan de un compartimiento a otro con los calcetines mojados. Y tú eres uno de esos bultos: aquel que, por encima o por debajo del miedo, está poseído por la necesidad de contarlo, aunque las posibilidades de que alguien lo lea sean muy escasas. Escribo a ciegas”. (Col. 10, 3/11/2000)

Después de esta columna tan intimista y reflexiva, Millás siente la necesidad de volver a su otra personalidad, la del cuentista que se esconde detrás de sus fábulas, oculto de las miradas curiosas. Así, la siguiente columna que publica trata sobre la literatura pero con su otro tono, el irónico y humorístico, porque le han quedado más cosas por decir sobre la literatura pero no puede expresarlas como en la anterior columna. Dejaría de ser el Millás de la foto, tan sonriente, y no le gusta que le vean en la intimidad, ya se sabe. Esta columna siguiente es tan característica de Millás como la anterior. Aquí domina el doble sentido, el juego retórico de sus analogías hilarantes. Saber cual de las dos corresponde al auténtico Millás, el de carne y hueso, no el de papel prensa, podría ser una pregunta lógica. Pero es muy posible que exista una doble personalidad real y no de escaparate. Al fin y al cabo, de tanto

aparentar se consigue romper la frontera con la realidad. El título de esta columna es muy simbólico: *Autofagia*:

“Conocí a un escritor al que le dio de viejo por tomarse cada día de aperitivo unas páginas de sus obras completas. A la familia le preocupaba aquella manía por si le sentaban mal el papel o la tinta, aunque lo único capaz de abrir su vieja úlcera era una sintaxis torpe o descuidada. Cuando se tragaba una página mal escrita, le subía la fiebre y le daban temblores. Por el contrario, cuando caía en sus manos uno de aquellos textos concebidos en estado de gracia, que recitaba mientras masticaba lentamente la página, parecía rejuvenecer veinte o treinta años. Yo le sugerí entonces que sólo se comiera los libros que le habían salido bien, pero él pensaba que eso sería un fraude para los demás y para sí. ‘Tengo que tragarme todo lo que he vomitado’, decía con obstinación.

“Muchas veces, por insistencia de su esposa, le acompañé a la hora del aperitivo con la idea de que me invitara a algún párrafo, para aliviar la ingesta. Pero jamás me permitió probar una línea. Mandaba poner almendras para mí y en un plato aparte, junto a su copa de jerez, las cinco o seis hojas que se tragaba cada día. Mientras tanto, hablábamos de la vida, es decir, de nada en concreto. Un día le pregunté si no pensaba volver a escribir y dijo que ningún escritor debería producir más de lo que estuviera dispuesto a comerse. Según él, el cuerpo practicaba también una forma de autofagia a la que curiosamente llamábamos corrupción, cuando la verdadera podredumbre consistía en no descomponerse. ‘Es lo que le pasa a algunos santos’, añadía, ‘que producen en vida más cuerpo del que son capaces de eliminar una vez muertos’”.

“El caso es que cuando ya había devorado casi toda su obra, tomó por casualidad un libro con muchos adverbios, que le sentaban fatal, y se murió antes de terminarlo dejando otros dos libros incorruptos. Yo sugerí a la viuda que se los comieran entre ella y sus hijos, para completar dentro de la familia el proceso de digestión. Pero le pareció una locura, así que tuve que hacerme cargo del muerto, nunca mejor dicho, y todos los días me como un capítulo suyo. Cuando acabe con él, empezaré conmigo, para que me dé tiempo a devorarme del todo y descansar en paz al fin. R. I. P”. (Col. 11, 10/11/2000)

Estas reflexiones sobre la literatura y sobre el hecho de escribir pertenecen al ámbito de lo íntimo, de esa voz interior que a veces los columnistas dejan exhibir públicamente para sus lectores. Pero la literatura, como cualquier otra actividad humana, está también ligada a la realidad política. Ello exaspera a Millás y cuando la utilización de los escritores por el poder se hace muy evidente le provoca un enojo que no disimula en absoluto y deja que el ácido segregado penetre bien en las palabras de su diatriba. La columna titulada *Guadalajara* es eso, una diatriba contra la literatura subvencionada. Y es de esas pocas columnas en las que utiliza una estructura deductiva. Comienza por una proposición a modo de premisa general que guiará su texto hasta su caso muy particular:

“Siempre ha habido escritores empeñados en ligar la suerte de su escritura a la coyuntura política. El problema es que una vez que logran situarse y viajar a cuenta del erario público se sienten vacíos y piden más. Quieren ser a la vez subvencionados e independientes, minoritarios y populares, malditos y consagrados, experimentales y decimonónicos. Algunos de esos escritores no comprenden por qué ellos no se benefi-

cian, como Norma Duval o Pedro Ruiz, de la mayoría absoluta de Aznar. Si el PP ha tenido diez millones de votos, cómo es posible que ellos no tengan diez millones de lectores. Sufren, pues, y se preguntan cómo será la vida cuando las cosas cambien, si ahora, que gobiernan los suyos, no logran ser minoritarios y populares, malditos y consagrados, experimentales y decimonónicos, independientes y subvencionados”.

“Por eso eructan en las mesas redondas en las que muerden la mano de sus benefactores. Para ser subvencionado has de viajar a cuenta del ministerio, pero para ser maldito has de poner en la picota al director general que te facilitó el billete de ida y vuelta al centro de tu ego. Luego queda el problema de justificar tu irresistible mediocridad, tu caspa. Pero también para eso existen mecanismos psicológicos al alcance de las economías más débiles. Echemos, pues, la culpa a la editorial que no nos publica, al periódico en el que no escribimos o a Florenci Rey, al que adoran todas las mujeres de la casa. Cómo es posible, se pregunta el escritor maldito y consagrado, experimental y decimonónico, etcétera, que gobernando el PP por mayoría absoluta no sea yo el hombre del tiempo de Canal+, para coincidir con Marta Reyero en la sala de maquillaje”.

“La vida es dura. Detrás de una editorial de éxito suele haber años de trabajo silencioso y un equipo de gente que no mira el reloj. Cuando además de todo eso funciona el olfato, su catálogo triunfa con o sin ayuda oficial. Quede, en fin, constancia de que ni el Ministerio de Cultura, que no me invitó a Guadalajara; ni Planeta, editorial en la que no publico; ni Abc ni El Mundo, periódicos en los que no escribo, son responsables de que yo no haya logrado estar, como escritor, a la altura de las expectativas de mi madre”. (Col. 15, 8/12/2000)

En la siguiente columna Millás también habla de literatura pero enfocado el tema hacia la crítica de la vanidad de algunos escritores, vanidad alimentada y engordada por el triunfo de los premios. Como es habitual en él, Millás no dice quién o quiénes son los objetos de su crítica, a los que, desde luego, conoce bien. Y como argumentar sin dar estos nombres no es correcto, ni ético, prefiere acudir a la fábula, auténtico refugio de la no significación y de la cautela. En este caso aparece el Millás irónico pero, sobre todo, mordaz. Su título: *Escritores*.

“Después de recibir el Nobel, el poeta pensó que quizá desde el punto de vista de la gloria fuera preferible estar muerto. Acababan de rendirle un homenaje en el ayuntamiento de su ciudad natal y no le había gustado el reencuentro con sus orígenes ni el abrazo del pegajoso alcalde. A un Nobel no se le pueden dar palmadas en la espalda, ni hablarle de tú, ni recordarle el apodo familiar. Aunque tal vez el problema fuera más de él que de sus contemporáneos. ¿Quién le mandaba perder el tiempo en aquellos polvorientos salones municipales, cuando su lugar estaba en las páginas de las enciclopedias? ¿Y qué clase de humillación era esa de padecer, como un escritorillo de provincias, de ardor de estómago y de meteorismo y de infecciones bucofaringeas, por favor?”

“Esa noche no logró conciliar el sueño y al día siguiente, durante el desayuno (qué asunto tan menesteroso también, por cierto, el de comer) le dijo a su mujer que estaba dándole vueltas a la idea de morirse para ingresar cuanto antes en la inmortalidad, valga la paradoja. A ella le pareció bien y él se sentó en la butaca de cuero para morir encuadrado en piel. Como la agonía se alargara, comenzó a escribir un diario póstu-

mo dedicado a su viuda. El editor le auguró un gran éxito comercial, ya que jamás había escrito en prosa, ni siquiera había hablado en prosa, y la novedad sería muy apreciada por sus admiradores, que formaban legión”.

“Escribía todos los días después del desayuno, y si su mujer le preguntaba qué tal iba la cosa, él decía que estaba estirando la agonía para que el diario tuviese un número mínimo de páginas. Pero cuando había escrito más de cuatro mil y ella le insinuó que quizá era hora de expirar, él dijo que había decidido retrasarlo para después de la promoción. ‘No puedes promocionar un diario póstumo’, argumentó ella enfurecida. ‘Dices eso porque ya no me quieres’, respondió él y continuó escribiendo de forma compulsiva. Ese invierno falleció su mujer. Él declaró que no podría soportar la ausencia, pero mientras se moría de pena comenzó el Diario de un viudo, a cuyo término se casó con la autora de una tesis sobre su obra a la que ha prometido un libro póstumo”.

(Col. 22, 26/1/2001)

Solamente en una columna ha reflexionado Millás sobre su faceta de escritor de artículos periodísticos. En ella vuelve a emplear la estructura fabulística que le permite ocultarse y ser el otro, porque en este caso utiliza ese “yo” de su desdoblada personalidad. A pesar de su surrealismo premeditado, hay algo en esta columna de Millás que parece muy sincero, tanto que la fábula no logra la máscara. Evidentemente el escritor no confiesa cosas obvias, como que escribe artículos en un periódico importante porque es muy rentable económicamente, tanto en el sentido directo como en el indirecto. No, Millás es aquí más íntimo y declara su timidez, su inseguridad y su impotencia ante la realidad. Tres características que le definen como ser humano. *Dos cabezas*, lleva por título:

“Olvido lo que escribo a una velocidad de vértigo. A veces, en una cena, alguien intenta recordarme un artículo de hace dos semanas y creo que me está recordando un artículo de otro. El interlocutor, que lo ha recortado, lo saca de la cartera y me lo enseña. Era mío, efectivamente. Ahí está mi firma, sí, pero continuó sin reconocerlo, lo que me produce una suerte de extrañeza que no sé si me gusta o me disgusta. En tales situaciones, al observar la cara de la gente, veo que dudan de mi cordura, o de mi honradez. Quizá piensen que me escribe otro los artículos mientras yo me dedico a las novelas o a la meditación trascendental”.

“No es eso. Lo que ocurre es que escribo para olvidar como otros beben para olvidar. Y si escribo para sacarme de la cabeza las cosas que me atormentan, lo lógico es que me olvide de ellas. De otro modo, las tendría en dos sitios: en la cabeza y en el papel, lo que vendría a ser como tener dos cabezas, o dos papeles. Una tortura, en fin. Mucha gente tiene dos cabezas, que viene a ser como tener las preocupaciones por duplicado. De estas dos cabezas una es invisible, lo que no la hace menos molesta. Mi madre tenía dos cabezas que se pasaban el día discutiendo entre sí. Acababa loca la pobre. Y nosotros también, porque nos daba órdenes contradictorias, ya que una de sus cabezas decía por sistema lo contrario de la otra. ‘Hijo, tráeme el dedal y llévate el canasto de los hilos’. ‘Pero, mamá, si el dedal está en el canasto de los hilos’. ‘Entonces tráeme el canasto de los hilos y llévate el dedal’ ”.

“Por la noche, normalmente, le dolía una de las cabezas. El día que le dolían las dos

no había quien parara en casa. A veces la tomaba conmigo y me perseguía hasta el cuarto de baño diciéndome que todo lo hacía mal por falta de cabeza. Pero cómo iba a tener yo una cabeza si ella tenía dos. Guardo muy malos recuerdos de aquella época. Por eso olvido todo lo que escribo, porque no quiero tener dos cabezas como mi madre. A veces, cuando en una cena alguien saca un artículo de la cartera y me lo enseña, me parece que me está enseñando la otra cabeza. Entonces bebo para olvidar con el alcohol lo que no consigo olvidar con la escritura". (Col. 34, 20/4/2001)

En otra de sus columnas Juan José Millás vuelve a hablar del articulismo pero no con la intensidad de la columna anterior. En la titulada *Hilos* reflexiona sobre cómo una araña es más regular y exacta tejiendo con su hilo su perfecta red que cualquier escritor su tela de palabras segregadas. Con esta analogía Millás deja entrever el desgaste del escritor a plazo fijo, o sea, del articulista:

"Aunque tenemos que reconocer que, si la tela es el pensamiento de la araña, ellas piensan de manera más regular. No siempre los artículos salen tan simétricos como sus redes. Lo que el artículo tiene en común con la tela de araña es que se teje en una esquina del periódico con la esperanza de que algún lector descuidado pase por allí y quede atrapado en él. No hacemos, a simple vista, cosas muy distintas. Pero hay una diferencia fundamental, y es que la araña se come al lector, mientras que nosotros somos devorados por él. La naturaleza es muy curiosa". (Col. 43, 22/6/2001)

Por último, Millás no cree en la labor clasificatoria o taxológica de la crítica literaria ni tampoco en la labor de los críticos. Esta cuestión sólo la trata en una sola columna pero es un artículo muy significativo de su postura ante esta realidad que siempre preocupa a todo escritor. La argumentación que emplea es, como no podía ser de otra manera en Millás, la analogía. El único problema está en si el lector acepta estas analogías, algunas de ellas algo forzadas a pesar del acierto humorístico. Millás compara aquí a los escritores con los hipocondríacos. Emplea argumentación deductiva, guiada por su analogía, para llegar a la conclusión azoriniana de que el modo de escribir de cada cual es una resultante psicológica (fisiológica dijo literalmente Azorín). Esta es la única columna en la que habla de literatura desde el punto de vista más académico y se titula *Corrientes*:

"La literatura se entiende mejor desde la patología que desde la retórica. Por eso hay críticas que parecen biopsias. Y es que los registros artísticos, como las enfermedades crónicas, no se eligen. Pese a esta evidencia, cuando los hipocondríacos y los escritores se reúnen, hablan de sus enfermedades y sus obras como si fueran el resultado de una conquista estética o moral. El hipocondríaco Uno dice: 'Me matan estas taquicardias'. 'Tus taquicardias no son nada en comparación con mis vértigos', responde el hipocondríaco Dos. 'Vuestros vértigos y vuestras taquicardias son una porquería al lado de mis cefaleas', añade el hipocondríaco Tres".

"A cada enfermo le parece más interesante su mal que el de los otros, porque cree que es el resultado de un esfuerzo propio y no una obra de arte involuntaria. De hecho, ningún hipocondríaco cambiaría sus síntomas (aunque carecieran de prestigio social) por los de su vecino, ya que, como todo el mundo sabe, a veces se tarda siglos en recono-

cer la originalidad de una enfermedad. La reputación de la tuberculosis, por ejemplo, no se logró de la noche a la mañana. Tampoco es raro que el reconocimiento literario llegue tras la muerte. 'El realismo es una mierda', dice el escritor A. 'Pues el experimentalismo son dos mierdas', dice el escritor B. 'Hoy, la vanguardia está en la tradición', añade el escritor C, que lleva dos semanas escribiendo un drama clásico sin habérselo propuesto".

"Primero hacemos las cosas y luego las justificamos. El americano nace en América porque sí, pero cuando le oyes hablar parece que ha conseguido ser americano por oposición, como un procurador o un notario. Y pide papeles a los inmigrantes para transmitir la idea de que ser americano es enormemente difícil. Por eso también empleamos el verbo nacer en voz activa con toda naturalidad. 'Yo nací en Australia'. Pues no, señor, a usted le nacieron en Australia. Y usted no eligió ser pintor abstracto como no eligió padecer de la garganta. Y no es que no haya escritores barrocos, conceptistas, realistas, románticos o absurdos, pero lo son del mismo modo que se es autista, histérico, catatónico o cleptómano. Aunque, si quieren hacerme caso, lo mejor de todo es la narcolepsia". (Col. 48, 27/7/2001)

9. Retórica argumentativa: la construcción del pensamiento de J.J. Millás

La retórica argumentativa de Juan José Millás es sobre todo inductiva. Utiliza todos los recursos del *exemplum* o de la inducción: ejemplos de hechos reales o de la creación del escritor; preguntas al lector y testimonios en los que se apoya, reales o ficticios; analogías o relaciones de hechos con base real o de ficción; parábolas o comparaciones breves de relatos cuya naturaleza suele pertenecer al campo de lo ficticio; y las fábulas, esas composiciones de acciones breves o relato. Las tres últimas, analogías, parábolas y fábulas, son las más frecuentes en Millás y constituyen su carácter argumentativo. Millás prefiere relatar y mostrar con ello su opinión. Está en su naturaleza de escritor actuar de esta manera comunicativa. Su arma retórica más llamativa consiste en las relaciones que establece en sus analogías, inesperadas y muchas veces fantásticas, por lo que consigue atrapar al lector por la curiosidad que le suscita. Perelman y Olbrechts-Tyteca (1989) afirman que nadie niega la importancia de la analogía en la conducta de la inteligencia y que es un factor esencial de la invención, del genio creativo. Pero también aconsejan ambos autores que hay que mostrarse cauteloso ante la analogía cuando se utiliza como un medio de prueba.

La analogía requiere empleo de la imaginación: busca una realidad —existente o no— que sea parecida a otra. Es una semejanza de relación y emplea parábolas. Esta semejanza de relación puede tener la fuerza persuasiva suficiente en el acto comparativo para evitar la conclusión, que permanece implícita, pero se percibe su intención aleccionadora. Y eso es precisamente lo que más le gusta hacer a Millás en sus artículos periodísticos. En sus analogías, parábolas y fábulas desarrolla sus verdades, presunciones, valores y jerarquías. No es un analista. Es un relator. Por eso en sus artículos, los entimemas dependen de sus inducciones tanto que no tienen sentido fuera del contexto. Sería muy difícil citar un pensamiento de Juan

José Millás sin mutilar el sentido. Millás es el cuento, la inducción, y esa es la tela que teje para atrapar al lector en sus redes ideológicas.

En sus escasos artículos deductivos, Millás comienza, como es lógico, con una premisa entimémica. Lo hace en determinados asuntos que, por la indignación que le causan, renuncia a la imaginación del cuentista y se encara directamente con la realidad apelando con su indignación al lector. Por ejemplo, así comienza su columna *Guadalajara*: "Siempre ha habido escritores empeñados en ligar la suerte de su escritura a la coyuntura política. El problema es que una vez que logran situarse y viajar a cuenta del erario público se sienten vacíos y piden más". El resto del artículo desarrollará esta premisa en sus consecuencias y utilizará una argumentación basada en la carga de la prueba, que es lo que da el título a su columna: la asistencia de los autores subvencionados a la Feria del Libro de Guadalajara, México, por invitación por invitación del Ministerio de Cultura (Col. nº 15, 8/12/2000)

10. Elocutio: un retrato de J.J. Millás a través del lenguaje. Conclusiones del análisis.

En el apartado sobre tematización e ideología se han señalado muchas cuestiones relativas al *logos*, *ethos* y *pathos* del escritor, y periodista ahora, Juan José Millás. Aquí concluiremos sobre estos tres aspectos atendiendo a la *elocutio* de sus artículos.

En primer lugar, sobresale su ego volcado en cada una de sus columnas sin ocultarlo. En 72 ocasiones aparece el pronombre personal "yo", sin contar con otros modos gramaticales de referirse a sí mismo, como formas verbales y falsas segundas personas. Millás despliega su personalidad sin ocultarla en estructuras referenciales y ello logra una evidente apariencia de sincera confesión. Millás vive del yo, yo siento, sueño, digo, critico, sospecho, protesto, relato... Y ese yo apela muy frecuentemente al lector, siempre tratándole de usted (en 51 ocasiones), o a un ficticio interlocutor, algo que tiene en Mariano José de Larra un ilustre precedente (las técnicas apelativas en *El Pobrecito hablador*).

La prosa de Millás es cercana y directa, sin rodeos. Consigue algo difícil: escribir con abundantes metáforas y que apenas se noten, no hace sentir excesiva esa creación literaria. Tal vez sea debido a que las imágenes que crea con ellas son cotidianas, inmediatas para el lector que no ha de detenerse en su preciosismo o en su sonido musical. Por ejemplo: "No puedes poner el libro, en fin, a la altura del papel higiénico y quejarte de que los niños se limpien el culo con él". Con esta ilustración metafórica Millás se queja de la devaluación del prestigio del libro y su trato comercial en los grandes supermercados, todo ello resultado, dice, de la política intervencionista del gobierno del PP en el sector. El uso de la metáfora le sirve a Millás como artillería contra sus rivales ideológicos: "Hay gente convencida de que para atrapar las ideas contenidas en un papel conviene disparar al aire, para que las ideas salgan con las manos en alto". La metáfora ideada con lo más cotidiano y la metáfora con lo más fantástico o irreal son las características más sobresalientes de este escritor que se cuida

mucho de no utilizar este juego del pensamiento y del lenguaje en imágenes ya acuñadas. Es decir, Millás es un creador de metáforas. Es su juego retórico favorito y a lo que le presta mayor atención estilística.

Llama la atención la escasez de adjetivos. Por ejemplo, bello o bella no aparecen nunca en sus columnas. Millás prefiere la descripción que la calificación. Con ello logra una mejor visibilidad de sus historias, metáforas y analogías. Uno de los adjetivos que más ha utilizado es "horrible" y tan sólo aparece en 6 ocasiones en las 62 columnas analizadas. Los sustantivos abstractos como belleza, libertad, amor, justicia, bondad, maldad, etc. tampoco son frecuentes por no decir que inexistentes: maldad y bondad no existen en sus columnas; justicia, una sola vez; amor, en dos ocasiones; libertad, esa palabra tan apreciada en Occidente, nunca, como tampoco belleza. Millás huye de esas abstracciones y va a lo concreto, descriptivo, inmediato. La palabra muerte aparece en 10 ocasiones y su contraria, vida, en 36. Y el vocablo verdad sólo lo utiliza como frase hecha del tipo, *pues, la verdad es que*, etc.

En las 62 columnas de Juan José Millás hay 79 adverbios modales. En realidad no son muchos si los relacionamos con la cantidad total de palabras contenidas en sus artículos: 28.932. Es decir, hay columnas en que no aparece ningún adverbio, y en otras más de uno, aunque nunca con profusión. Esto es importante porque demuestra el cuidado de redacción de los artículos de Millás quien, lo más seguro, dosifica adverbios y adjetivos con suma cautela como sello estilístico. De la utilización de adverbios, en todo caso, lo que más interesa es saber cuáles son los más frecuentes o los que emplea más de una vez y estos se reducen a 13. El número de veces utilizados a lo largo de un año no denota de ningún modo que tengan un carácter repetitivo:

Completamente...(6)	Efectivamente.....(3)	Absolutamente.....(2)
Personalmente....(6)	Moralmente.....(3)	Continuamente.....(2)
Curiosamente.....(5)	Paradójicamente...(3)	Indistintamente....(2)
	Perfectamente.....(3)	Relativamente.....(2)
	Prácticamente.....(3)	Voluntariamente....(2)

Más llamativas han sido algunas muletillas de enlace entre párrafos o entre ideas desarrolladas en sus columnas. Por ejemplo:

Y es que (11 veces) Ahora bien (5) Parece mentira (3) Pues bien (2)

La primera, "y es que...", muy de moda en estos últimos años hasta el punto de que puede decirse que existe un verdadero contagio y plaga en la prensa y en los medios audiovisuales españoles, es especialmente repetitiva en Millás, sobre todo porque la mayoría de las veces que la utiliza sobra, no es necesaria, y como adorno retórico resulta de escaso gusto estético.

Habrá que concluir que el oído no puede escapar a la presión de lo que la voz social impone. Esta muletilla logra que el texto parezca infantil.

Es curioso cómo en 62 artículos Millás utiliza el nombre de Dios en unas 20 ocasiones. Esa interjección de "Dios mío", muy poco habitual en otros columnistas, para él es cosa frecuente, así o de otros modos, como "por Dios", "Dios no lo quiera", o "Dios es digital" o "como Dios manda"... etc. Tiene presente el concepto de Dios, siempre en mayúscula, no como muletilla sino como costumbre exclamativa y referencial. Es muy posible que haya recibido una educación infantil y juvenil en un colegio religioso y eso le ha quedado en su lenguaje más expresivo

Trate el tema que trate, el tono de todas las columnas de Millás es coloquial. Este coloquialismo se mezcla con otros tonos que pueden ser irónicos, intimistas, fantásticos y oníricos, sarcásticos, mordaces e incluso sentenciosos en ciertas ocasiones, pero nunca abandonando la característica más sobresaliente en Millás: no quiere pasar por un intelectual ni por un sesudo analista. Prefiere el tú a tú con el lector (a pesar del usted), la palabra de la calle, la metáfora ingeniosa pero nunca lírica ni épica, es decir, huye de que se le identifique con un literato o con un experto. Millás utiliza la función referencial ocultándola, muestra abiertamente su expresividad y su apelación; y esto es sorprendente en un columnista ya que suele ser al revés: la referencialidad se emplea muy a menudo para ocultar lo ideológico.

Millás se esfuerza por ser un ciudadano corriente y esa es su imagen. Un ciudadano que inventa historias, que cuando detesta a alguien hasta puede ser vulgar, que se entristece a veces y, otras, bromea; que se apasiona y se enoja, que exhibe algunas habilidades, muchas emociones, que incluso puede burlarse de otros y de sí mismo. Pero siempre en términos y giros coloquiales, sin cultismos. Ahora bien, este coloquialismo es un efecto buscado y logrado por un escritor que ha puesto en ello todo su empeño y voluntad creadora. No es casual, nada en Millás lo es. La aparente espontaneidad es resultado de un cuidado estilístico extremo, como hemos podido observar en su cautelosa utilización de adverbios y adjetivos y en su creación metafórica, huyendo siempre de lo ya hecho/dicho por otros escritores, y huyendo sobre todo del tópico. Se trata de un columnista muy cerebral, aunque lo disimule, pero no ordenadamente analítico, que mide no sólo el significado de cada palabra, sino también su dimensión, su sonido y su relación con la que le precede y con la siguiente. Es decir, un esteta calculador de efectos. Todo lo contrario de lo que la apariencia de su coloquialismo podría dar a entender. Realidad y apariencia, el binomio, la pareja de contrarios de la que tanto le gusta hablar, es su juego retórico. Tal vez por todo esto haya tenido tanto éxito periodístico, lo cual lejos de ser un demérito es, a mi parecer, un auténtico logro comunicativo y literario.

Juan José Millás inventa historias para comunicar al lector su filosofía de la vida, su ideología, su indignación contra un gobierno que detesta. Pero, además, inventa palabras (*artibo*, *artibosis*, *articentos*...). Es un juego al que se arriesga de vez en cuando, tampoco abusa

de este efecto, pero es una característica suya muy poco frecuente en otros columnistas de la prensa española. Por ejemplo, una de sus columnas la tituló *Pendasco*, una palabra evidentemente de su invención. No significa nada pero eso mismo es lo importante en el contexto de su relato:

“Al día siguiente de que el gobierno prohibiera la utilización de la palabra *pendasco*, todos los ciudadanos, como es lógico, la pronunciaron por primera vez. La palabra *pendasco* no existía, de manera que era absurdo prohibirla, pero al gobierno le pareció un modo eficaz de desviar la atención de la gente de los problemas reales. Así fue como un término que nadie había oído jamás apareció en las tapias de todos los edificios oficiales escrito con aerosol o a brocha gorda. Los empleados del Ayuntamiento se pasaban el día limpiando de las fachadas frases como ‘Viva el *pendasco*’ y ‘*Pendasco* o muerte’. Fueron detenidos centenares de jóvenes que sufrieron martirio por propagar el vocablo maldito, y en las universidades, cuando los profesores entraban en clase, se tropezaban con un gigantesco *pendasco* escrito con tiza en la pizarra”.

“Aunque las autoridades endurecieron las penas para aquellas personas que escribieran o pronunciaran la palabra, las calles aparecían cada día tapizadas de panfletos sin otro mensaje que el de las ocho letras del vocablo maligno. Algunos periodistas rebeldes hacían acrósticos o distribuían sus sílabas a lo largo de los artículos, pero no era necesario: la gente construía el término prohibido tomando letras de un editorial o de una esquila, indistintamente, dando por sentada una intencionalidad transgresora por parte del periódico. Se crearon varios partidos clandestinos para la defensa del *pendasco* y el clamor popular fue tal que el gobierno se vio obligado a dimitir. Lo primero que hizo el nuevo gobierno fue legalizar la palabra y ordenar su inclusión en el diccionario”.

“Como nadie sabía qué significaba, los académicos empezaron a dar largas. Cada año aseguraban que incluirían *pendasco* en la siguiente edición, y aunque luego incumplían su promesa, la presión cesó, pues desde que estuviera autorizada nadie mostraba el mínimo interés por la palabra, que entró de lleno en el olvido cuando el nuevo gobierno decidió hacer frente a la primera crisis de su mandato prohibiendo la utilización de otro vocablo inexistente que al día siguiente estaba en boca de todos, etcétera”. (Col. nº 6, 6/10/2000)

Esta fábula de Millás no tenía moraleja explícita. Con ella ilustra su poca fe en la condición humana y mucho menos en la política; pero no lo juzga, la historia ya tiene suficiente significado. El lector que se encuentre con esta columna de *El País* no podrá relacionarla con ningún hecho del día ni le arrojará luz que le explique los meandros de la política o de la economía o del terrorismo. Este lector, sin aviso, lee un cuento. En él aparece una sociedad adocenada, guiada como rebaño por un gobierno supranacional que la distrae de lo verdaderamente importante. Existe la libertad de expresión, que es algo así como la libertad del pez en la pecera, de la oveja en el aprisco, la libertad que permite la rebeldía del balido. Mientras balen las ovejas y los corderos el pastor está tranquilo. Esa es la rebelión de Millás, el escritor de fábulas, esa comunicación antigua y poderosa: alerta contra los amos de la realidad que crean primero el lenguaje y luego lo real.

Juan José Millás es inconformista y cauto a la vez. Huye hacia delante con sus invenciones, no se para en la realidad mediático-política ni utiliza su lenguaje, tan construido por los poderes reales. Millás sí cree en la realidad del poder pero rechaza las palabras que va soltando ese poder como forraje para el rebaño. Quizá pretenda el escritor-periodista que esa es la única rebelión posible: alejarse de la realidad para poder comprenderla. Crear ficciones que destruyen las apariencias en las que se esconde la realidad. Puede ser esta la intención que persigue Juan José Millás, un escritor afanosamente cuidadoso y con trabajada espontaneidad. Tan esforzadamente alegre y despreocupado en su lenguaje. Cultivador de un sentido del humor muy hispano, corrosivo contra ciertos adversarios, algo grosero en ocasiones, de carcajada pronta. Excepto en las fábulas, donde la sonrisa es más importante que la risa del sarcasmo.

La sonrisa de Millás se congela en cada una de sus columnas. Sonríe para la fotografía. Ha desarrollado el estoicismo de los tristes y pesimistas que no quieren fastidiar al prójimo con su muy endiablado y crítico carácter. La ironía es para Millás el bálsamo que calma las heridas de la vida, heridas morales, estéticas, ideológicas. La vida privada de Millás no suele aparecer de forma directa en sus columnas. Sin embargo, se percibe ordenada y muy similar a la de muchos ciudadanos de clase media. Es un lector vocacional y, como cualquiera de estos lectores, amante celoso de los libros. Pero no hace alarde de su cultura literaria, cita a autores en pocas ocasiones (Borges, Cannetti, Kafka, Pessoa, Proust, Rilke, Kavafis, Le Carré) y como de pasada, como si hubieran podido ser otros. Pero no han sido otros. El exquisito gusto literario de Millás se manifiesta en estos nombres que le vienen a la cabeza y de los cuales no dice nada. Están con él. Una nota curiosa: Millás homenajea (también de pasada, como de modo casual) a la Enciclopedia Espasa en una de sus columnas (31/8/2001), algo poco habitual entre nuestros escritores españoles.

En su argumentación, la analogía es la herramienta casi única para Millás. Con ella construye universos de relaciones ideológicas muy persuasivos. Millás es un escritor con una ideología izquierdista sin fe en los partidos políticos. Quiere la igualdad entre los seres humanos y renuncia a hablar de los demás ideales de la Ilustración. La libertad le parece palabra vana que no usa. Esa libertad reside para Millás en la voluntad humana de pensar. Libertad de pensamiento, libertad de imaginación. Libertad para la escapada de la realidad. Tampoco tiene demasiada fe en la condición humana, por lo que la fraternidad, o la solidaridad tienen poco eco en Millás. Habla de solidaridad en dos ocasiones y en ambas de modo irónico. La primera, "envidiando" a Maruja Torres, "que ya no tiene que ganar el Planeta y está poseída por el vicio de la solidaridad" (1/8/2001); la segunda, refiriéndose a Ana Botella, quien "se significó en la defensa de las organizaciones solidarias, y ha salido en los papeles como presidenta de honor de una ONG relacionada con Camacho" (15/8/2001)

Otra ausencia léxica es la palabra liberal que sólo usa en dos ocasiones para describir al ministro de Economía del gobierno de Aznar, Rodrigo Rato. Ese liberalismo es el ogro ide-

ológico para Millás pero se enfrenta a él sin pronunciar su nombre. Millás describe hechos y personas, no los califica, como ya hemos visto. Es una estrategia muy persuasiva ya que el lector no se ve empujado, sino inducido y acompañado por la risa que pueda producirle la ironía de Millás, su gran recurso comunicativo.

Esta ironía no es producto del desparpajo o el descaró, ni siquiera de un estudiado exhibicionismo como es el caso de Francisco Umbral. Millás es capaz de emplear un lenguaje a veces vulgar o grosero como caca, culo, cagar y mierda (este vocablo lo repite en 6 columnas). Pero no abusa de él ni lo usa para congraciarse con ningún tipo de público. Supone para él una descarga necesaria en el sentido de no someterse a la corrección supuesta en un articulista de un periódico al que se le ha llamado el "intelectual colectivo". No presume tampoco de osadía lingüística o de desinhibición (falsa) al modo de Cela. Millás emplea la ironía rebelde de los tímidos, de los inseguros entre la multitud y de los sensibles ante todos los gestos. Es un escritor independiente de toda escuela literaria y periodística, se ha hecho a sí mismo, ha sufrido en su autoestima pero nunca perdió la fe en la palabra, su recurso de esa comunicación que le es necesaria para vivir y para alimentar su delicada autoestima.

El personaje periodístico que ha creado Juan José Millás en sus columnas es el gran juego de este cocinero de palabras. La apariencia oculta la realidad. Es un escritor que ha cultivado durante tiempo la otra personalidad, la que aparenta en sus columnas en muchas ocasiones. Así el Millás aparentemente espontáneo esconde al Millás cauteloso, medidor y suspicaz. El Millás extravertido oculta al Millás introvertido y tímido, a veces inseguro. Al Millás ateo le traiciona el Millás que nombra a Dios y se asombra por el orden dentro del caos. El Millás despreocupado contiene cierta angustia vital ocultada. El Millás más duro e irónico no muestra al otro Millás sensible y herido. El Millás seguro y entero oculta al Millás partido y dubitativo. El Millás sociable tapa al individualista, solipsista y egocéntrico. El alegre al melancólico. Estas parejas de contrarios son una auténtica creación literaria de Juan José Millás. De este modo ha construido una esquizofrenia existencial cuyas válvulas de escape son sus personajes fabulísticos y que aparecen en sus columnas y en sus novelas. La más recurrente es esa mujer ama de casa, sola en su soledad responsable, que le permite dar rienda suelta a ciertos rasgos de su personalidad que desde su adolescencia ha tratado de eclipsar. Es curioso comprobar cómo a veces asoma ese Millás adolescente y joven que aún añora los ideales que le hicieron crecer. Ello le ha dejado una sensibilidad aguda para detectar las imposturas y las imposiciones por muy disfrazadas que éstas estén. Si hay algo que caracteriza a Millás es su rechazo total a cualquier forma de dogmatismo por parte de cualquier colectivo o individuo. También detesta la hipocresía y la mezquindad.

Como final de este subcapítulo concluyente puede ser interesante la enumeración de las palabras clave de las columnas de Millás por orden de recurrencia. Es una técnica de observación que resulta muy expresiva del *logos*, *ethos* y *pathos* de todo emisor. Estas palabras clave en el caso de Juan José Millás son las siguientes, siguiendo casi un orden temporal según

los artículos y evitando repeticiones:

Realidad, apariencia, espejismo, lógico, ilógica, ser, analógico, virtual, digital, loco, Aznar, perversión, igualdad, orden, caos, olvido, recuerdo, plagio, centros comerciales, yo, sistema, normal, ojo, Dios, fantasía, vanguardia, retaguardia, novela, ficción, corrientes literarias, carácter, enfermedad, escritor, hipocondríaco, literatura, complejo de inferioridad, conservadores, Bush, misil, machismo, Gescartera, Estado, delincuencia, Iglesia, signo, símbolo, globalización, explotación, capitalismo, multinacionales, televisión, ambiente moral, libro, educación, PP, sistema social.

11. Referencias bibliográficas y hemerográficas

ARISTÓTELES

- 1980: *Argumentos sofisticos* (Trad. de Francisco de P. Samaranch). Buenos Aires: Aguilar Argentina
- 1985: *La política*. (Trad. Natividad Massanes) Barcelona: Editorial Iberia
- 1987: *Ética a Nicómaco*. (Trad. de Patricio Azcárate). Madrid: Espasa-Calpe
- 1988: *Metafísica* (Trad. de Patricio de Azcárate). Madrid: Espasa-Calpe
- 1990: *Retórica*. (Ed. bilingüe y trad. de Antonio Tovar). Madrid: Centro de Estudios Constitucionales

BARTHES, Roland

- 1974: *Investigaciones retóricas I. La antigua retórica*. Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo

CASALS CARRO, María Jesús

- 2002: *La opinión en España: quién es quién de los articulistas y columnistas en los periódicos españoles. Debates, tipos de discurso, retórica, argumentaciones e ideologías en el primer año del siglo XXI*. (Proyecto Complutense Ref. PR52/00-8845 e investigación reconocida por el Ministerio de Ciencia y Tecnología, Ref. BSO 2001-2003). (En fase de publicación)
- 2001: "La opinión periodística: la última racionalidad", en *Las mil caras de la comunicación*. (2 vol.), vol I. Madrid, Servicio de Publicaciones de la Facultad de Ciencias de la Información. Universidad Complutense

DIJK, Teun A. van

- 1983: *Estructuras y funciones del discurso*. México: Siglo XXI
- 2000 (comp): *El discurso como interacción social. Estudios sobre el discurso II. Una introducción multidisciplinaria*. Barcelona, Gedisa

JAKOBSON, Roman

- 1984: *Ensayos de Lingüística General*. Barcelona, Ariel

JOHNSON, Paul

1997: *Al diablo con Picasso y otros ensayos*. Buenos Aires: Javier Vergara Editor

MILLÁS, Juan José

2000: Todos los artículos publicados en *El País* desde el 1 de septiembre de 2000 hasta 31 de diciembre de 2000.

2001: Todos los artículos publicados en *El País* desde el 1 de enero de 2001 hasta el 31 de agosto de 2001

PERELMAN, Chaïm y OLBRECHTS-TYTECA, Lucie

1989: *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*. Madrid: Gredos (Traducción castellana de J. Sevilla Muñoz) [*Traité de l'argumentation (La nouvelle rhétorique)*]. 5ª ed., Bruselas, Université de Bruxelles]

RUSSELL, Bertrand

1981: *Lógica y conocimiento* (versión española de Javier Muguerza). Madrid: Taurus

SANTAMARÍA SUÁREZ, Luisa y CASALS CARRO, María Jesús

2000: *La opinión periodística. Argumentos y géneros para la persuasión*. Madrid: Fragua

SPANG, Kurt

1984: *Fundamentos de retórica*. Pamplona: Eunsa